

SELECCIÓN DE TEXTOS

2020-2021

MEDITACIONES
HOMILÍAS
ARTÍCULOS
ENTREVISTAS

MONS. FERNANDO OCÁRIZ
PRELADO DEL OPUS DEI

FERNANDO OCÁRIZ

SELECCIÓN DE TEXTOS 2020–2021

MEDITACIONES

HOMILÍAS

ARTÍCULOS

ENTREVISTAS

www.opusdei.org

© 2022 *Fundación Studium*

ISBN: 978-84-09-39267-4

Índice

MEDITACIONES

1. En el 90 aniversario del inicio de la labor apostólica con mujeres (14-II-2020)
2. San José y la seguridad de lo imposible (19-III-2020)
3. Unidos en la Última Cena (3-IV-2020)
4. El Mandamiento Nuevo del Señor (5-IV-2020)
5. Cristo, espejo de nuestra fragilidad (8-IV-2020)
6. La Luz que necesita el mundo (11-IV-2020)
7. La amistad de María (21-V-2020)
8. Madre de Dios y esperanza nuestra (11-V-2020)
9. Preparar en Adviento el regalo de la nueva Navidad (7-XII-2020)
10. Meditación pascual (27-IV-2021)

HOMILÍAS

11. Misa por los fallecidos durante la pandemia (26-VI-2020)
12. En la festividad de san Josemaría (26-VI-2021)
13. Homilía del Prelado en Torreciudad (20-VIII-2020)
14. Carta del Papa Francisco al Prelado del Opus Dei con motivo de sus bodas de oro sacerdotales (15-VIII-2021)
15. Inauguración del Año Académico en Roma (4-X-2021)
Discurso de apertura del Año Académico, Aula Magna Juan Pablo II, Universidad Pontificia de la Santa Cruz

16. El trabajo de cuidar el mundo (1-V-2020)

17. La imaginación de la caridad (4-X-2020)

ARTÍCULOS Y ENTREVISTAS

18. El trabajo del futuro: dignidad y encuentro (1-V-2021)

19. Diario Večernji, Croacia (2-X-2021)

20. Diario Avvenire, Italia (13-XII-2021)

MEDITACIONES

1. En el 90 aniversario del inicio de la labor apostólica con mujeres (14-II-2020)

Iglesia prelatía de Santa María de la Paz

El 14 de febrero de 1930 comenzó la labor apostólica del Opus Dei con mujeres. También, en la misma fecha de 1944, nació la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz. Con motivo de los aniversarios, el prelado ofreció una meditación.

Mons. Ocáriz comenzó rememorando el 14 de febrero de 1930 diciendo «que, en aquel momento, san Josemaría recibió en su alma esa luz, ese impulso para completar la Obra que ya el Señor tenía previsto desde la eternidad, con la sección de mujeres. Y sabemos bien cómo nuestro Padre [san Josemaría] al principio pensaba —porque así lo había entendido— que la Obra era una cosa para los hombres, aunque desde el principio el Señor la pensó para todos y todas. Y cómo nuestro Padre, inmediatamente, se puso a trabajar queriendo esa voluntad del Señor, poniendo ya —con gran esfuerzo, con dificultades— las bases de lo que hoy vemos realizado en todo el mundo».

El hilo conductor de la meditación, a través de las lecturas de la Santa Misa, fue el agradecimiento a Dios y la fe y la esperanza, apoyadas también en la intercesión a la Virgen María, para que el mensaje de la Obra continúe fecundando la vida cotidiana de tantas personas.

«Damos gracias a Dios, damos gracias a la Virgen Santísima Madre nuestra por la que nos vienen todas las gracias, damos gracias a nuestro Padre, aquí junto a sus restos [los restos mortales de san Josemaría se encuentran en la iglesia prelatía de Santa María de la Paz]. Gracias a nuestro Padre por su fidelidad, por su entrega. Una acción de gracias también por cada una y cada uno de nuestros hermanos, por toda la Obra. Y, cada uno de nosotros, damos gracias por nuestra propia vocación; y, especialmente hoy, vosotras – también los sacerdotes, pero de un modo especial hoy vosotras por la relevancia de este aniversario–. Gracias. Tenéis que dar gracias –damos gracias todos y todas–, porque en ese 14 de febrero de 1930 estabais cada una de vosotras en la mente de Dios, en los planes de Dios, ya desde antes, desde siempre».

En los últimos compases de la meditación, al recordar que san Josemaría comentaba con frecuencia que no estamos solos jamás, el prelado señaló que «también nos tiene que dar la alegría y la responsabilidad de que tenemos la Obra en nuestras manos realmente. Y estar muy pendientes de los demás. Ver a las demás, cuidar de los demás, que es cuidar de la Obra. Querer a las demás es querer al Señor. Que veamos también este acto de amor –que es el agradecimiento, como dice nuestro Padre–, en toda la dimensión grande, el campo grande de la entrega a los demás».

[Volver al índice](#)

2. San José y la seguridad de lo imposible (19–III–2020)

Iglesia prelatia de Santa María de la Paz

La segunda lectura de la misa de hoy en esta gran solemnidad de san José —que tanto contenido tiene para nosotros y para toda la Iglesia— nos presenta, en primer lugar, la figura de Abraham. Ese gran patriarca, que también la Iglesia ha considerado después como nuestro padre en la fe.

Dice san Pablo en la epístola a los romanos que leeremos hoy, que Abraham, «en la esperanza, creyó contra toda esperanza». Y creyó contra toda esperanza que sería padre de muchos pueblos, y esto le valió la justificación.

Conocemos bien la historia de Abraham: esa disponibilidad al querer de Dios cuando era un querer poco comprensible humanamente. Ser padre de muchos pueblos en las circunstancias de edad en que se encontraba. Después, ese ponerse en camino hacia un lugar sin saber a dónde iba, confiado en que iba a ser Dios quien le iría mostrando en cada momento lo que debía hacer, lo que debía planear. Una fe grande.

Esta figura nos la presenta hoy la liturgia como un preámbulo a san José, a ese gran patriarca del nuevo testamento, a nuestro padre y señor san José. Vemos ahí también, muy en primerísimo lugar, la fe grande de san José.

Y ahora, en nuestra oración, dirigiéndonos a san José, le pedimos que nos consiga una fe muy grande. A él, al que llamamos nuestro padre y señor, le

pedimos que nos consiga una fe sin condiciones, una fe que comporte una confianza completa en el Señor, un fiarnos del todo.

Hoy en la misa hay dos evangelios posibles. El de san Mateo nos cuenta cómo se enfrentó san José a un misterio, al grandísimo misterio de la Encarnación. Humanamente lo descubre y, como justo que es, no quiere denunciar a María, quiere dejarla en secreto. Pero llega después un sueño. Un sueño en que se le transmite nada menos que el Misterio: «Porque lo que hay en ella viene del Espíritu Santo. Dará a luz un Hijo, y tú le pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de los pecados. Cuando José se despertó, hizo lo que le había mandado el Ángel del Señor». Ciertamente, es un sueño especial acompañado de toda la gracia de Dios para la claridad.

Y, luego, conocemos muy bien cómo era la actitud de san José ante fenómenos extraordinarios: el nacimiento, después de haber preparado todo con gran cariño. De Nazaret tienen que irse a Belén, donde no encuentran sitio; más aún, tienen que ir corriendo de noche a Egipto, huyendo. Él, que había escuchado del Ángel que ese Niño es el que salvará a su pueblo de los pecados. Sin embargo, no es capaz de salvarse a sí mismo, tiene que ir huyendo. Con una incertidumbre grande, porque no se le dice: «Vete a Egipto por un tiempo determinado»; sino: «Vete allí hasta que yo te diga». Podrían ser meses, podrían ser años, podrían ser semanas... Es la disponibilidad ante lo que el Señor nos pide, cuando eso que nos pide comporta una duda especial, concretamente en lo imprevisible, cuando el futuro se pone un poco incontrolable. Pero ahí está la fe, la fe de fiarnos del Señor.

También nosotros en muchas ocasiones en nuestra vida encontraremos momentos –probablemente no con un carácter tan extraordinario– en los que de alguna manera tenemos que poner en un primer plano el fiarnos del Señor. Se lo vamos a pedir para todos, especialmente hoy a san José: que

nos fiemos del Señor. Y que nos fiemos del Señor a través de los medios por los que Él quiere hablarnos. San José podría haber pensado: «[He tenido] un sueño, he soñado esto, pero ya me lo dirán de un modo claro».

Una fe grande. Y después, ese volver de Egipto. Obedecer pensando también, poniendo responsabilidad propia, poniendo iniciativa para volverse a Nazaret, en lugar de quedarse en Belén. Es la obediencia de la fe. Fiarnos, fiarnos del Señor. Señor, ayúdanos a fiarnos de ti. A fiarnos de todo lo que nos llega de tu providencia, también cuando es así extraordinaria. Para que sepamos obedecer. Para que sabiendo obedecer por amor, seamos libres.

Una obediencia que no es dejar de pensar. Nuestro Padre [san Josemaría], precisamente refiriéndose a san José, nos decía en una homilía que, en las diversas circunstancias de su vida, el patriarca no renuncia a pensar, ni hace dejación de su responsabilidad. Por eso, nuestra obediencia a los planes de Dios, en lo grande y en lo pequeño, tiene que ser hecha a base de libertad, y por tanto de responsabilidad, de hacer las cosas porque queremos. Porque queremos, y así seremos siempre libres. Cuantas veces lo hemos meditado siguiendo las enseñanzas de nuestro Padre. No somos libres simplemente por la capacidad de poder elegir entre una cosa u otra: somos libres porque podemos amar, porque podemos sentirnos —como decía también nuestro Padre— libres como pájaros. También libres en estas circunstancias en que estamos encerrados por el coronavirus. Somos libres como pájaros, porque podemos amar. Podemos amar y, por tanto, hacer todo, sufrir todo por amor; en consecuencia, porque nos da la gana.

San José es para nosotros también un modelo en lo ordinario, en la monotonía de la vida ordinaria. También nuestro Padre nos dice: ¿qué puede esperar de la vida un habitante de una aldea perdida, como era Nazaret? Solo trabajo todos los días, siempre con el mismo esfuerzo. Y, al

acabar la jornada, una casa pobre y pequeña para reponer las fuerzas y recomenzar al día siguiente la tarea.

Así es nuestra vida. Un día de trabajo y otro, sin particulares novedades. Pero, ¿qué podemos esperar?, pregunta nuestro Padre. ¿Qué podía esperar san José? Y continúa: el nombre de José en hebreo significa «Dios añadirá». Y Dios añade a la vida santa de los que cumplen su voluntad dimensiones insospechadas. Lo importante, lo que da su valor a todo, lo divino. Y esta es nuestra vida.

Te damos gracias, Señor, y te pedimos por intercesión de san José, hoy especialmente, que nos hagas entender la grandeza de la vida ordinaria. Eso que tantas veces hemos meditado y que tantas veces necesitamos volver a aprender: la grandeza de la vida ordinaria. Y, concretamente, la grandeza de la vida de trabajo.

Porque Dios, a esa vida nuestra, aparentemente monótona, pone —como decía nuestro Padre— lo divino. Y, ¿qué es lo divino? Lo divino es Él mismo, lo divino es su Presencia, su Gracia; lo divino es la eficacia sobrenatural de nuestro trabajo. Es hacer divino nuestro trabajo, haciendo que sea una realidad santa.

De san José conocemos pocos detalles de su vida, pero podemos imaginar su trabajo en Nazaret. ¿Cómo trabajaría, especialmente con Jesús? Nosotros, Señor, queremos trabajar contigo, queremos que nuestro trabajo diario, corriente, ordinario, tenga también ese añadir lo divino, que sea sobre todo tu presencia. Que trabajemos contigo, Señor. Que sea, con palabras o sin palabras, algo habitual en nuestro día y en nuestro trabajo decirte a ti, Señor: «Jesús, vamos a hacer esto entre los dos». Es así. Esto nos tiene que dar, por una parte, alegría, seguridad; y también la responsabilidad de que no estamos haciendo algo nuestro, solos, sino que

estamos haciendo algo muy de Dios, una colaboración con Jesucristo en todo lo que hacemos.

Fe: la fe de san José. Esperanza: la fe que fundamenta la esperanza. Esa esperanza que, como leemos en la epístola a los Colosenses, está puesta en lo que «nos está reservado en los cielos». Y ahí tenemos que ver también nuestro trabajo, en la esperanza de lo que «nos está reservado en los cielos». Y ya ahora, no solo cuando por la gracia y la misericordia de Dios vayamos al Cielo, si somos fieles, sino ya ahora lo que nos está reservado en los cielos es toda la ayuda de Dios, todo el cariño de Dios, todo este mirarnos el Señor amorosamente a todas horas.

¿Cuál es nuestra esperanza? ¿Qué esperamos nosotros durante el día? Tantas cosas. Pero que nuestra esperanza esté en los cielos. Que sea fruto de la fe, la esperanza fruto de la fe. Que estemos siempre esperando, con una segura esperanza, lo divino en nuestra vida.

Y eso también nos dará seguridad ante lo que nos parezca difícil en nuestra propia vida espiritual, que tantas veces —ante la conciencia de la vocación a la santidad— nos podrá parecer imposible, ante la experiencia —tantas veces repetida— de nuestras limitaciones y miserias. Tantas veces nos parecerá imposible la realización de la misión apostólica —transformar este mundo, llevar este mundo a Dios, poner a Cristo en la cumbre de todas las actividades humanas— tantas veces, humanamente, diremos: «Señor, esto es imposible; pero nosotros, Señor te pedimos, aquí, ante el cuerpo de nuestro Padre, que nos des —como tuvo nuestro Padre— la seguridad de lo imposible».

Como san José. San José tuvo la seguridad de lo imposible. Y esa seguridad nos hará también imitar a san José en eso que decía nuestro Padre, quien veía en la figura de san José al hombre de la sonrisa permanente y el encogimiento de hombros. Un encogimiento de hombros no de indiferencia,

sino de: «Bueno, da igual [lo que ocurra], porque sea lo que sea aquí está la eficacia».

Y la sonrisa permanente. En el evangelio no vemos la sonrisa de san José, pero podemos –con nuestro Padre– sin duda imaginarnos su rostro amable, su rostro simpático, su rostro lleno de sonrisa permanente que da alegría a los demás, que da seguridad a los demás. Nosotros te pedimos también, Señor, por intercesión de san José, que seamos gente que sabe sonreír, que sepamos sonreír también cuando hay dificultades, cuando encontramos la contrariedad. Sabemos bien, y lo habremos experimentado con cierta frecuencia, lo que decía nuestro Padre: que a veces una sonrisa es la mejor mortificación. Porque a veces cuesta esfuerzo sonreír, porque hay dificultades, hay preocupaciones, hay enfermedad. Puede costar sonreír. Y la sonrisa entonces no es una cosa ficticia. Puede y debe ser profundamente auténtica, porque es ese saber sonreír sabiendo que ahí el Señor está poniendo lo divino en nuestra vida. Y saber sonreír también para ayudar a los demás, para dar seguridad, para dar alegría.

Ante las situaciones difíciles, saber sonreír y saber, sobre todo, rezar. Ayer el Papa Francisco, a propósito de la pandemia, hacía esta invitación: «Invoca siempre a san José, sobre todo en los momentos difíciles, y confía tu existencia a este gran santo». Pues vamos también ahora, uniéndonos a la oración del Papa, pedirle precisamente a san José, que termine, que abrevie este tiempo difícil para tantísimas personas en todo el mundo.

Fe, esperanza y caridad. El amor. La fe que obra mediante la caridad. Podemos imaginar el cariño de san José por el Niño Jesús, el cariño de san José por la Virgen. Un cariño hecho de servicio, de dedicación, de responsabilidad por sacar adelante esa familia santa.

Y la caridad tiene tanto que ver con la fidelidad, una fidelidad que hoy precisamente queremos con san José, renovar. Decirle al Señor, una vez

más se lo decimos ahora: “Aquí estoy, Señor, para lo que quieras”. Además, dándote gracias, porque somos muy conscientes de que este poderos entregar al Señor, este poderos darnos del todo es un gran don que el Señor nos da, que el Señor nos ofrece.

Benedicto XVI en una ocasión decía que la fidelidad a lo largo del tiempo es el nombre del amor. Efectivamente, todo nuestro renovar la fidelidad es el nombre del amor, tiene que ser algo que surge del amor, del querer, del desear la unión con el Señor y, en consecuencia, del querer a los demás, porque nuestra fidelidad a los planes de Dios, la fidelidad a nuestra vocación cristiana, a nuestra vocación a la Obra es amor al Señor, amor a los demás, renovado en el tiempo.

Hoy pedimos, especialmente también ahora, al Señor a través de san José, por la fidelidad de todos, por la renovación de la fidelidad de todos en la Obra. Que todos tengamos muy viva siempre la conciencia de que la fidelidad a la vocación es fidelidad a Jesucristo. Es, sí, fidelidad, a un modo de vida, a una misión, a un espíritu, pero es eso fidelidad a Jesucristo, de tal manera que nos sintamos siempre muy del Señor.

San Pablo dice aquello de: «Si vivimos, vivimos para el Señor; y si morimos, morimos para el Señor; por tanto, ya sea que vivamos ya sea que muramos, somos del Señor» (*Rom*, 14,8). Y esa es nuestra gran identidad. Nuestra identidad es que «somos del Señor».

Nuestra fidelidad es reafirmar con agradecimiento que «somos del Señor». Y todo esto también mediante la fidelidad lógicamente al espíritu que hemos recibido de nuestro Padre: hoy es su santo. Es lógico que hoy acudamos también especialmente a su intercesión.

Esta fidelidad nuestra que hoy queremos renovar con una voluntariedad actual, fuerte, es fidelidad a nuestro Padre. Que no veamos a nuestro Padre

–no lo vemos así– como una figura pasada de la historia, sí admirable, que nos ha dejado unos escritos estupendos... Que veamos también esta fidelidad como le dijo Pablo VI a don Álvaro, con aquel consejo: «Cuando tenga que decidir algo, piense cómo decidiría el fundador, y así acertará». Y comentó don Álvaro que le dio mucha alegría ese consejo, pues era lo que estaba ya haciendo desde el primer momento.

Que también la fidelidad nuestra tenga este matiz –para nosotros muy importante– de fidelidad a nuestro Padre: fomentar el interés por conocerle mejor, por conocer mejor su espíritu, sus escritos, su vida, que nos ayudará precisamente a ser más fieles en lo ordinario, en el trabajo, en lo pequeño de cada día, en el hoy y ahora. Y, a la vez, a ser fieles cuando en alguna ocasión se nos presenten, como a San José, circunstancias especiales, particularmente difíciles.

Fidelidad. Fidelidad a lo largo del tiempo es el nombre del amor. Y es así: nuestro amor es amor de correspondencia. Y por eso, gran parte, o más que gran parte objeto muy fundamental de nuestra fe, es la fe en el amor de Dios por nosotros. Para que nuestro amor, nuestra fidelidad sea correspondencia: sabernos queridos por el Señor. Como decía nuestro Padre, lo recordábamos antes, sabernos mirados amorosamente por Dios a todas horas, a todas horas. Que no estamos solos nunca, no solo porque estamos gracias a Dios rodeados de personas que nos quieren: es que está el Señor con nosotros. Está tan con nosotros el Señor que somos algo suyo: *Domini sumus*.

Por eso la fidelidad tienen que ser una fidelidad llena de alegría. Lo es. Y hoy, al renovar nuestra fidelidad, queremos que sea también una renovación de la alegría con que afrontamos cada cosa que tenemos entre manos, en el trabajo, en las circunstancias actuales tan peculiares por la epidemia. Vivir con alegría.

Vivir con alegría, con esa sonrisa permanente de san José, porque es lo que el Señor quiere. Ser fieles al Señor es también estar contentos. Cuando no estamos contentos no estamos siendo fieles, porque el Señor quiere nuestra alegría: «Que mi alegría esté con vosotros y vuestro gozo sea completo» (Jn 15,11).

Es estupendo pensar que Dios lo que quiere es que estemos contentos, que seamos felices. Y no solo eso, sino que, además, nos da todos los medios para ser felices. Y nos da sobre todo su presencia, su amor, su compañía.

Y con esta fe, con esta esperanza, con esta caridad, con esta correspondencia fiel, queremos que sea una fidelidad apostólica. No puede ser de otra manera. Nuestra identificación con Cristo lleva necesariamente al afán de almas, que de un modo especial ayer pusimos en manos de san José. Y que hoy, con palabras de nuestro Padre, se lo decimos al Señor poniendo por intermediario a san José: «Almas, almas de apóstol, son para ti, para tu gloria». Vamos a repetirlo mucho, quizá hoy: «Almas, almas de apóstol, son para ti, para tu gloria». Recorriendo el mundo, porque todo el mundo es nuestro —nos lo ha dado en heredad el Señor—, recorriendo el mundo desde América del Norte, América del Sur, Asia, África, Europa, Oceanía: «Almas, almas de apóstol, son para ti, para tu gloria».

Terminamos acudiendo con san José, a María, Madre nuestra, y con María y con José a Jesús, a esta trinidad de la tierra (Jesús, María y José): que nos lleven siempre de la mano a la Trinidad del Cielo, a ese Dios nuestro al que pertenecemos. *Domini sumus*, «somos del Señor».

[Volver al índice](#)

3. Unidos en la Última Cena (3-IV-2020)

Estamos ya cerca de la Semana Santa y se nos va haciendo como más espontáneo meditar en la Pasión, Muerte y Resurrección del Señor; momentos centrales de la historia, que iluminan nuestra fe y nuestra vida.

Desde Roma, resulta fácil recorrer con la oración todos los países, cada centro, cada una de vuestras casas, sobre todo donde ahora hay que vivir un tiempo de confinamiento más estricto por la pandemia del coronavirus.

Este pensamiento y esta oración van especialmente a todos los enfermos y a quienes los cuidan. En estos momentos, podemos acompañar al Señor en la Pasión desde la cama de un hospital o desde nuestras casas. La cruz es un misterio, pero si, como Cristo y con Cristo, la abrazamos, es luz y fuerza para cada uno y para darlas a los demás.

Todos esperamos y rezamos con paciencia que termine esta pandemia. En estas circunstancias nos ayuda especialmente actualizar la fe en el amor de Dios por nosotros, y corresponder a ese amor también con el servicio a los demás.

Como os recordaba hace no mucho en una carta, la comunión de los santos nos lleva a hacer propio todo lo que afecta a los demás, porque en verdad podemos repetir, con aquellas palabras de san Pablo, que «si un miembro sufre, todos sufren con él» (1 Cor 12,26). Señor, Madre nuestra, ayúdanos a que sea así.

El pasado domingo, el Papa decía que «a la pandemia del virus queremos responder con la universalidad de la oración, de la compasión, de la ternura. Permanezcamos unidos. Hagamos sentir nuestra cercanía a las personas más solas y más probadas». Recemos por los afectados por el virus. Recemos también para que las consecuencias sociales y económicas de esta crisis sean lo más leves posibles: pensemos en tantas familias preocupadas por su futuro, en la inquietud de tantos trabajadores, en los temores de tantos empresarios. Hará falta unidad, esperanza, generosidad y sacrificio.

El Señor en la Última Cena, nos dijo: «En el mundo tendréis sufrimientos, pero confiad: yo he vencido al mundo». Con esta confianza, nos preparamos para el Triduo Pascual, que este año en muchos países del mundo se celebrará en iglesias vacías, pero que muchos fieles las llenarán con su mente y su corazón, siguiéndolas a través de los medios de comunicación. El Señor ha vencido, nada ni nadie debe desalentarnos; es más, su victoria nos anima a renovar la lucha con esperanza.

Mientras nos acercamos al Jueves Santo, en que celebraremos la institución de la Eucaristía, emociona leer las palabras de Jesús, en el Evangelio de san Juan: «Antes de la fiesta de la Pascua, sabiendo Jesús que su hora había llegado para pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo» (Jn 13,1).

Vayamos con la imaginación al Cenáculo de Jerusalén, para contemplar la gran demostración de amor que nos da el Señor.

Nuestro Dios es siempre cercano. Pero en la Eucaristía se nos entrega con su cuerpo, con su sangre, con su alma, con su divinidad. Nadie está excluido de este amor. Jesús nos ha amado «hasta el extremo».

En ese amor hasta el extremo, el Señor ha querido cargar con los pecados de toda la humanidad, para volvernos a la amistad con Dios Padre.

El Jueves Santo recordaremos el momento en el que el Señor instituyó la Eucaristía, el sacrificio sacramental de nuestra redención. Es un día en el que tradicionalmente tantos cristianos manifiestan de muchos modos su adoración y cariño a Jesús Sacramentado.

Sin embargo, el Jueves Santo de este año tiene un sabor distinto. Todos deseáramos estar en la vela ante el Santísimo... Sobre todo, quienes lleváis tiempo sin poder recibir al Señor en la Eucaristía, procurad vivir la Comunión espiritual con la seguridad de que el Señor está con vosotros.

Estamos ante una ocasión única y distinta en la que, con la ayuda de Dios, podemos crecer en amor por Jesús–Eucaristía, por la Misa, de un modo nuevo.

Jesús: queremos hacer memoria, y agradecerte por cada una de las veces que te hemos recibido en la Comunión. Aun teniéndote siempre cerca, notar la ausencia de tu presencia sacramental servirá para aumentar el deseo de volver a recibirte cuando sea posible.

San Josemaría ha enseñado a miles de personas esta oración que aprendió de un religioso escolapio: «Yo quisiera, Señor, recibirlos con aquella pureza, humildad y devoción con que os recibió vuestra Santísima Madre; con el espíritu y fervor de los santos».

Puede ser una buena preparación para el Jueves Santo, rezarla con cariño: «Yo quisiera, Señor, recibirlos con aquella pureza, humildad y devoción con que os recibió vuestra Santísima Madre; con el espíritu y fervor de los santos».

La participación en el Sacrificio Eucarístico no es solo el recuerdo de algo del pasado; la Misa es la actualización sacramental del sacrificio del

Calvario, la entrega del Señor por nosotros anticipada en la Última Cena. «Haced esto en memoria mía» (Lc 22,19).

San Juan Pablo II escribió que el sacrificio de la Cruz «es tan decisivo para la salvación del género humano, que Jesucristo lo ha realizado y ha vuelto al Padre sólo después de habernos dejado el medio para participar de él, como si hubiésemos estado presentes».

La Iglesia hace sacramentalmente presente la pasión y la muerte de Cristo en cada celebración eucarística. Ninguna misa es “privada”. Toda misa es “universal”, porque cada Misa es de Cristo y, con Él, está su Cuerpo, que es la Iglesia. Y la Iglesia es cada uno de los bautizados: somos cada uno de nosotros.

Por eso, ante la imposibilidad de asistir a Misa en estos días, tened la seguridad de que en cada Eucaristía que celebran los sacerdotes sin asistencia de pueblo, estamos todos presentes. Como explicaba san Josemaría, «Cuando celebro la Santa Misa con la sola participación del que me ayuda, también hay allí pueblo. Siento junto a mí a todos los católicos, a todos los creyentes y también a los que no creen. Están presentes todas las criaturas de Dios –la tierra y el cielo y el mar, y los animales y las plantas–, dando gloria al Señor la Creación entera”.

Tened mucha confianza en la fuerza que nos sigue llegando a todos por la celebración del sacrificio eucarístico, también a los que no podéis estar presentes. Los sacerdotes queremos llevar a cada misa a todos nuestros hermanos y hermanas, a todos nuestros parientes y amigos, a toda la Iglesia, a toda la humanidad, de modo muy particular a los enfermos y a quienes están solos.

Gracias, Señor, por la Eucaristía, por la Misa. Nos viene a la memoria la imagen del Santo Padre bendiciendo a la humanidad con la Custodia en sus

manos, asomado al colonnato de la plaza de San Pedro. Gracias por la Eucaristía, Señor. Y gracias por el sacerdocio, que ha perpetuado este amor tuyo en el tiempo. Recemos mucho por los sacerdotes.

[Volver al índice](#)

4. El Mandamiento Nuevo del Señor (5-IV-2020)

En la Última Cena Jesús nos dio el mandamiento nuevo: «Que os améis los unos a los otros como yo os he amado» (*Jn 15,12*). Y para que quedase bien grabado en la memoria de sus discípulos y en la de cada uno de nosotros, lavó los pies a los apóstoles.

San Juan, en su primera epístola, escribe: «En esto hemos conocido el amor: en que Él dio su vida por nosotros; por eso, también nosotros debemos dar la vida por nuestros hermanos» (*1 Jn 3,16*).

Hay muchos modos de dar la vida. Los padres de familia, con sus desvelos por cuidar de cada uno de sus hijos; los profesionales que trabajan con espíritu de servicio, procurando mejorar su entorno, sin dejarse llevar por la avidez de las ganancias. Dan la vida los sacerdotes que atienden con abnegación a todos los hombres y mujeres que acuden a ellos para encontrarse con Cristo.

Hoy vemos de un modo especial cómo tantas personas están dando su vida por los demás. Comenzando por los agentes sanitarios que arriesgan su vida por tantas personas que padecen la pandemia. Cargan con el sufrimiento de cada paciente y con el de sus familiares que en muchos casos no los pueden acompañar. No se limitan a cumplir con su deber, son conscientes que tantos se sostienen gracias a su trabajo generoso. Lo mismo se puede decir de muchas otras personas que, con su ocupación tan necesaria y que quizá pasa inadvertida, colaboran para que el mundo no se pare: transportistas, cajeros de supermercado, personal de farmacias, policías...

Los que tienen contacto más directo con el dolor: médicos, enfermeras, personal sanitario de todo tipo, y naturalmente los sacerdotes... hacen de diversos modos presente la compañía de Cristo a quienes sufren la enfermedad, o el miedo o están solos. Recemos por todos ellos, también para que cuando estén cansados o superados por la situación, se acuerden de que Jesús les conforta.

Todos podemos colaborar de un modo o de otro, a veces también con detalles pequeños, como escribir mensajes a enfermos o amigos o conocidos que puedan estar más solos. Todos podemos poner iniciativa y creatividad para ayudar, de maneras que estén permitidas por las autoridades, a personas ancianas y más vulnerables.

Pero el mandamiento nuevo del Señor, lo vivimos en nuestro hogar cada día en muchos pequeños actos de amor, que dan paz y alegría a nuestras familias y a las personas que nos rodean. San Josemaría nos da este consejo: «Más que en dar, la caridad está en comprender» (*Camino*, n. 463).

Otras maneras de hacer vivo y hacer vida nuestra ese mandato son: el perdón, la disculpa, el interés sincero por los demás, los detalles de servicio en la vida cotidiana, la paciencia en la familia, que ahora para muchos significa vivir con serenidad el confinamiento en casa...

Hoy resulta muy patente que el trabajo es, ante todo, un servicio, y que la caridad puede darle su sentido más pleno. Una sociedad se mantiene en pie si hay quien pone sus talentos, su esfuerzo, su labor, para el beneficio de los demás, aunque exija sacrificio.

Durante la Última Cena, Jesús también pidió al Padre por la unidad de todos los que serían sus discípulos a lo largo de los siglos. «Que todos sean uno: como tú, Padre, estás en mí y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me enviaste» (*Jn 17,21*).

Ut omnes unum sint, que todos sean uno. No se trata solo de la unidad de una organización humanamente bien estructurada, sino de la unidad que da el Amor con mayúscula: «Como Tú, Padre, en mí y yo en Ti». En este sentido, los primeros cristianos son un claro ejemplo: así se relata en los Hechos de los Apóstoles: «La multitud de los creyentes tenía un solo corazón y una sola alma» (*Hch 4,32*).

Por ser consecuencia del amor, la unidad que nos pide Jesús no es uniformidad, sino comunión. Se trata de unidad en la diversidad, manifestada en la alegría de convivir con las diferencias, aprender a enriquecernos con los demás, fomentar a nuestro alrededor un ambiente de afecto, sin poner condiciones, queriendo a los demás como son.

Jesús señaló que esta unidad es condición de fecundidad en la transmisión del Evangelio, en el apostolado: «Para que el mundo crea». Unidad que no constituye un grupo cerrado, sino que nos abre a ofrecer nuestra amistad a todas las personas en esta magnífica misión evangelizadora. La vocación del cristiano, plenamente vivida, acercará a Jesús a nuestros amigos, a nuestros colegas, se encuentren ya cerca del Señor o no lo estén todavía.

«Como tú, Padre, estás en mí y yo en ti» (*Jn 17,21*). Que el Señor nos conceda el don de la unidad y nos ayude a hacerlo vida en obras de servicio de unos por otros.

[Volver al índice](#)

5. Cristo, espejo de nuestra fragilidad (8-IV-2020)

La liturgia del Viernes Santo nos sitúa directamente ante el gran misterio de la Cruz de Jesucristo.

En el Evangelio contemplamos al Señor en Getsemaní, apresado por una cohorte encabezada por Judas; lo vemos conducido ante el sumo sacerdote Caifás y, después de ser interrogado, recibir una injusta bofetada.

Después, en presencia de Pilato, el pueblo grita: «¡Crucifícalo, crucifícalo!» (*Jn 19,6*); a continuación, Jesús es azotado y coronado de espinas.

En la mañana del Viernes Santo, Pilato presentó a Cristo, torturado y humillado, ante el pueblo, diciendo: *Ecce Homo* «he aquí al hombre» (*Jn 19,5*). Unas horas después, sería crucificado.

En un famoso cuadro de Tiziano —el *Ecce homo*— se puede ver a Jesús, destrozado como hombre, pero que, sin embargo, trasluce su divinidad y belleza. Dios ha querido hacerse visible también en la vulnerabilidad.

En el padecimiento y quizá oscuridad de tantas personas que sufren en el mundo (ahora también por la pandemia del coronavirus) podemos contemplar a Cristo flagelado y coronado de espinas. San Juan Pablo II lo contemplaba así: «¡Es el hombre, todo el hombre, cada hombre en su ser único e irrepetible, creado y redimido por Dios (...) *Ecce homo...!*».

Es verdad que sufrimos juntos, y hay tantas pruebas de solidaridad que lo muestran, pero en último término el dolor lo experimenta cada uno, a solas con Dios.

La soledad de Jesús mostrado al pueblo, recuerda a los enfermos que, por el aislamiento de estos días, mueren sin poder despedirse de sus familias y a otros que sufren la enfermedad en solitario. Jesús ante el pueblo probaba también la soledad. Su grito en la Cruz («¿por qué me has abandonado?»), quizá comenzó antes con el silencio sereno del *Ecce Homo*.

Cristo presentado por Pilato al pueblo es también un icono de la dignidad humana maltratada. Hay una presencia misteriosa de Dios en el sufrimiento de toda persona. En el inocente que sufre por desastres naturales o por injusticias humanas, pero también cuando sufrimos a causa de nosotros mismos, principalmente por nuestros pecados. Pedimos a Dios que nos ayude, que nos salve. Él lleva sobre sí todas las consecuencias de los pecados de los hombres. Él es nuestra esperanza.

Jesús, herido y manso, es también como un espejo, en el que nos miramos. El Dios que es amor se muestra en las llagas de Cristo doliente.

Una especial presencia de Dios acompaña también a quien se entrega a los demás desinteresadamente, pues «donde está la caridad y el amor ahí está Dios»: *Ubi caritas et amor, Deus ibi est!* Hemos visto a tantas mujeres y hombres, que son como esos buenos samaritanos, figuras de Jesús, en los hospitales, en las residencias de ancianos, en las familias. Comprobamos que el individualismo y lo útil no tienen la última palabra. En una sociedad aparentemente autosuficiente, el Espíritu de Dios late en el corazón de muchas personas. De una manera o de otra, Dios siempre se hace presente en la historia y la fecunda de nuevo con amor.

La figura del *Ecce Homo* nos puede ayudar también a tomar más conciencia de que somos frágiles y a menudo indefensos ante muchos acontecimientos, como nos recordaba el Papa —desde esa plaza de San Pedro vacía— al hablarnos de aquella tormenta que revela nuestra fragilidad. Reconocer esta verdad sobre nosotros mismos nos puede ayudar a reconfigurar nuestra relación con Dios y con los demás.

El Evangelio sigue: Jesús carga el madero, es despojado de sus vestiduras y, aparentemente, también de su dignidad. En el momento de la crucifixión, el Señor dirige aquellas palabras procedentes de un salmo: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?» (*Mt 27,46*).

¿Por qué todo este sufrimiento? ¿Por qué la Cruz?

Aunque no podemos entenderlo del todo, la crucifixión nos revela que ahí donde parece haber sólo debilidad, Dios manifiesta su poder sin límites; donde vemos fracaso, derrota, incomprensión y odio, precisamente ahí Jesús nos revela el gran poder de Dios: transformar la Cruz en expresión de Amor y de Victoria.

En la epístola a los Hebreos, leemos que en el madero encontramos «el trono de la gracia, para alcanzar misericordia» (*Heb 4,16*).

Esta fue la vivencia de uno de los ajusticiados al lado de Cristo en el Calvario. El “buen ladrón” experimenta cómo la Cruz de Jesús se convierte en el lugar en el que se sabe perdonado y amado: «Hoy estarás conmigo en el Paraíso», le dice el Señor (*Lc 23,43*). En la Cruz oímos pronunciar la palabra «Paraíso».

Cruz y paraíso. De instrumento de tortura, de violencia y de desprecio, la Cruz se transforma en medio de salvación, en símbolo de esperanza; se ha convertido en manifestación del amor infinito y misericordioso de Dios.

San Josemaría explica que en el camino hacia la Cruz vemos cómo Cristo «se entrega a la muerte con la plena libertad del Amor». Mirar al Crucificado es contemplar nuestra esperanza.

Nosotros también podemos contemplarlo, tomando un crucifijo en nuestras manos para, simplemente, mirar al Señor. El Papa Francisco nos ha invitado a «dejarse mirar por él en el momento en el que da la vida por nosotros y nos atrae a sí. El Crucifijo no nos habla de derrota, de fracaso; paradójicamente nos habla de una muerte que es vida, que genera vida, porque nos habla de amor, porque él es el Amor de Dios encarnado, y el Amor no muere, más aún, vence el mal y la muerte. El que se deja mirar por Jesús crucificado es re-creado, llega a ser una “nueva criatura”».

¡Cuánta esperanza nos puede dar en estos momentos mirar el Crucifijo! Puede ser el mismo Crucifijo que tenemos en nuestra habitación o en otro lugar de la casa. Detenerse en silencio, mostrarle nuestras heridas interiores, nuestros cansancios, nuestras preocupaciones y ponerlas en sus manos.

Así experimentaremos el poder transformador del Amor de Dios, que en la Cruz abraza lo débil y lo llena de esperanza. Y nos convertiremos también nosotros en signo concreto del amor de Dios: en nuestras familias, en nuestras amistades, en todos los ambientes en que nos movamos... En cada uno de esos «lugares» podemos ser signo concreto de esperanza, si nos unimos a Jesús en la Cruz y abrimos con Él nuestros brazos a los demás.

Agradecemos de modo especial, en el Viernes Santo, la misericordia divina que nos llega en el sacramento de la Penitencia. Precisamente en este periodo de más oración y penitencia, que es la cuaresma y la Semana Santa, muchas personas en todo el mundo no puedan acercarse a la Confesión.

En esta circunstancia tan peculiar, el Papa nos aconsejaba, hace unos días, a poner por obra lo que dice Catecismo de la Iglesia Católica sobre los actos

de contrición^[1]: «Si no encuentras un sacerdote para confesarte, habla con Dios, que es tu Padre, y dile la verdad: ‘Señor, he hecho esto, esto, esto... Perdóname’, y pídele perdón de todo corazón, con el acto de dolor y prométele: 'Me confesaré después, pero perdóname ahora'».

El Viernes Santo, la Iglesia dirige su atención hacia el *Lignum Crucis*, el árbol de la Cruz. En la liturgia rezamos:

«Adoramos tu Cruz, Señor, y alabamos y glorificamos tu santa Resurrección. Por el madero ha venido la alegría al mundo».

La Cruz irradia esperanza al mundo entero. Ahí vemos al Señor con sus brazos abiertos, dispuesto a acoger y curar nuestras debilidades. Y ahí vemos también a la Virgen María.

Tiziano, después del *Ecce Homo*, pintó *La Dolorosa con las manos abiertas*. Durante años los dos cuadros colgaron, uno al lado otro, en la misma pared. Cuando el sufrimiento se presente en nuestra vida, al mirar a Jesús, nos sabremos también siempre acompañados por María. A ella le pedimos que nos ayude a permanecer cerca de la Cruz, para ofrecer esperanza a quienes nos rodean.

[Volver al índice](#)

^[1] CIC 1451 y 1452.

6. La Luz que necesita el mundo (11-IV-2020)

«*Lumen Christi!*». ¡Luz de Cristo! Estas son las palabras que la Iglesia hace resonar en nuestros oídos al inicio de la Vigilia Pascual, que comienza en la oscuridad de la noche.

«*Lumen Christi!*». Se repite tres veces, mientras se van encendiendo las velas de los participantes en la celebración litúrgica. ¡La luz de Cristo se abre paso entre las tinieblas del pecado y de la muerte! ¡Jesús ha resucitado! Es el mensaje de gozo que, dentro de unos días, volveremos a recibir.

En días anteriores, hemos meditado en la entrega plena de Jesús por nosotros: desde la institución de la Eucaristía en la Última Cena, hasta la muerte en la Cruz.

Ahora, vemos cómo la oscuridad del Calvario no es la última palabra. Las santas mujeres, que supieron acompañar al Señor en el momento de la Pasión, nos abren paso hacia la luz de la Resurrección. Jesús premia el cariño que las impulsó a querer embalsamar su cuerpo, y las convierte en las primeras portadoras de la alegría de la Pascua.

Como a las santas mujeres, también a nosotros la noticia de la resurrección nos ofrece una nueva luz para nuestras vidas, en estos momentos tan dolorosos de la humanidad. San Pablo recuerda a los Romanos que los cristianos nos unimos a la muerte del Señor «para que, así como Cristo fue resucitado de entre los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros caminemos en una vida nueva» (*Rm 6,4*).

La Pascua nos anuncia que no estamos atados por nuestros pecados pasados, por el peso de nuestros errores anteriores, por los límites que notamos en nuestra vida, por las circunstancias más o menos difíciles de un momento como el de ahora. Por eso, el Apóstol vuelve a decir: «consideraos muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús» (*Rm 6,11*).

Al conmemorar la resurrección de Jesús, queremos responder a la invitación del Señor de caminar en una vida nueva.

Pero, ¿de qué novedad se trata? El ritmo de nuestra vida suele estar marcado por las mismas cosas que se repiten: el trabajo, el lugar, las personas de siempre. Quizá esto lo hemos notado aún más los que en estos días nos vemos obligados por la pandemia a no salir de casa.

¿En qué consiste el sentido de novedad de la Pascua? Consiste en la luz de la fe que se proyecta en nuestra existencia, y que está vivificada por la caridad y sostenida por la esperanza.

Lo señala así san Josemaría: «Esa certeza que nos da la fe hace que miremos lo que nos rodea con una luz nueva, y que, permaneciendo todo igual, advirtamos que todo es distinto, porque todo es expresión del amor de Dios»^[1].

Sí, por la fe sabemos que Jesús camina a nuestro lado en la vida cotidiana, haciéndonos descubrir sus auténticos sentido y valor. La fe nos hace encontrar a Jesús que quizá nos espera en la petición que nos hace otro miembro de la familia, en el favor que podemos prestar a un vecino, en la llamada a alguien que se siente solo...

Por la fe, sabemos que el trabajo hecho por amor siempre es valioso, porque se transforma en una ofrenda a nuestro Padre Dios. Quizá ahora estemos

notando cómo tantas cosas escapan de nuestro control y que no podemos fiarnos solo de nuestras fuerzas para alcanzar lo que nos hemos propuesto. Se insinúa quizá la tentación del desánimo.

Nos ayudará recordar que Jesús Resucitado está a nuestro lado mientras nos esforzamos por trabajar en circunstancias adversas, pensando en nuestra familia y en todo el mundo. Si trabajamos con Cristo, todos nuestros esfuerzos tienen sentido, incluso cuando no llegan los resultados que esperamos, porque el eco de las obras que se hacen por amor llega siempre al Cielo.

Después de anunciar a las santas mujeres la noticia de la resurrección de Jesús, el ángel añade: «Pero marchaos y decid a sus discípulos y a Pedro que él va delante de vosotros a Galilea: allí le veréis, como os dijo» (*Mc 16,7*). Los discípulos han de volver a Galilea, al lugar donde todo comenzó, a la tierra que diariamente recorrieron con el Maestro durante los años de su predicación.

También a nosotros se nos dirige la misma llamada: volver a nuestra Galilea, a nuestra vida cotidiana, pero llevando a ella la luz y alegría de la Pascua.

El Papa Francisco lo recordó hace algunos años: «Volver a Galilea significa sobre todo volver allí, a ese punto incandescente en que la gracia de Dios me tocó al comienzo del camino. Con esta chispa puedo encender el fuego para el hoy, para cada día, y llevar calor y luz a mis hermanos y hermanas»^[2]. Cuánto nos sirve, en los momentos de dificultades, recordar las veces que el Señor se ha hecho presente en nuestra vida, y renovar la confianza en Él.

Acojamos la invitación del Señor. Consideremos muchas veces el sentido de la alegría de la Pascua —una alegría que es compatible con el

sufrimiento—, recibamos la luz que Él nos quiere dar y compartámosla en nuestro ambiente.

Como las santas mujeres, anunciemos con gozo la realidad de que Cristo vive. Que esta certeza se refleje en nuestras vidas: en la serenidad, en la esperanza, en la caridad con que queremos llenar nuestros días. Acudamos para esto a la intercesión de Nuestra Señora. En el día de la resurrección, la contemplamos radiante de alegría por la vuelta de su Hijo. También para cada uno de nosotros llegará ese momento, y por la potencia de Dios, si somos fieles, viviremos para siempre en Cristo Jesús.

[Volver al índice](#)

^[1] San Josemaría, *Es Cristo que pasa*, n. 144.

^[2] Homilía en la Vigilia Pascual, 19-IV-2014.

7. La amistad de María (21-V-2020)

En mayo, dirigiendo la mirada hacia nuestra Madre, Santa María, nos esforzamos de modo especial por recordarla y tratarla más. Realmente, tenemos la oportunidad de aprender, siempre de nuevo, del ejemplo de su vida. También ahora, en este tiempo especial de “distanciamiento social” que estamos viviendo, la Virgen nos ayuda a ser mejores amigos, a inspirar nuestra generosidad para hacernos presentes y cercanos a los demás, para que nadie se sienta solo. La vida de María nos enseña que, también en nuestra vida, la amistad humana surge con nueva y sobrenatural fuerza desde la amistad con Dios.

Aprendemos esto cada vez que rezamos el santo rosario. El Papa Francisco ha pedido «que redescubramos la belleza de rezar el rosario en casa durante el mes de mayo». Ante la actual crisis sanitaria, rezar el rosario en familia nos servirá, como dice el Santo Padre, para «contemplar juntos el rostro de Cristo con el corazón de María, nuestra Madre» y, de esta manera, «nos unirá todavía más como familia espiritual y nos ayudará a superar esta prueba».

Rezar el rosario juntos ayuda también a unir más a la familia. Por la Comunión de los santos, lo hacemos espiritualmente con toda la Iglesia, como una gran familia que acude a la misma Madre; y, de algún modo, con toda la humanidad. También podemos invitar a un amigo o a una amiga a rezarlo con nosotros, si lo desea, quizá a través de los medios digitales. En algunos casos, tal vez será la ocasión de ayudar a que alguien lo descubra por primera vez.

San Juan Pablo II decía que el rosario es “como un compendio del Evangelio”, una oración a la vez mariana y cristológica. En cada misterio contemplamos un momento de la historia de salvación. Desde esta contemplación, puede surgir de nuevo el empeño por descubrir las necesidades de los demás, adelantándonos a servir, como hacen los amigos.

Nuestra Señora, después de su *fiat!* («hágase en mí según tu Palabra»), se pone en camino con prisa para ayudar a su prima Isabel. El Ángel no se lo había indicado, le había comunicado el embarazo de su prima como signo de la omnipotencia de Dios. Pero María se da cuenta de que Isabel necesitará ayuda. Y Ella, siendo ya Madre de Dios, nos muestra así esa manifestación del amor y amistad verdadera, que es adelantarse en la donación, en el servicio desinteresado.

Pasan los años, y vemos a la Virgen acompañando a Jesús en una boda en Caná: allí también descubre antes que nadie la necesidad de los novios y toma la iniciativa. El amor de amistad ilumina la vista, descubre cosas que quizá pasan inadvertidas a los demás.

Más tarde, contemplamos a María junto a la Cruz de su Hijo. San Josemaría nos anima a cada uno: «Admira la reciedumbre de Santa María: al pie de la Cruz, con el mayor dolor humano —no hay dolor como su dolor—, llena de fortaleza. —Y pídele de esa reciedumbre, para que sepas también estar junto a la Cruz» (*Camino*, n. 508). Vamos a pedirle que Ella nos ayude a imitarla en la capacidad de ser fuertes ante el sufrimiento, especialmente en este tiempo, para poder ser ayuda y consuelo para los demás con una amistad sincera.

Después de la Resurrección de Jesús, María reúne a los apóstoles que se habían dispersado tras la pasión del Señor; los acompaña y consuela.

San Lucas dice de la Virgen: «Conservaba todas estas cosas —las que se refieren a Jesús—, meditándolas en su corazón». María reza: su conversación con Dios es contemplación y diálogo de amor. Es amistad con Dios. Y en ese trato con Dios, no duda en manifestar lo que piensa, como vemos en varios momentos en el Evangelio. Por ejemplo, cuando responde al Ángel: «¿Cómo podrá ser esto, puesto que no conozco varón?» (*Lc 1,34*). Más adelante, cuando encuentra al Niño en el Templo, pregunta a Jesús: «¿Por qué nos has hecho esto? Piensa que tu padre y yo angustiados te buscábamos» (*Lc 2,48*). En las bodas de Caná, comparte lo que ve con toda sencillez a Jesús diciendo: «No tienen vino» (*Jn 2,3*). Otras veces, parece no necesitar de muchas palabras para comunicarse con el Señor. Sabe esperar los tiempos de Dios y, mientras tanto, «medita las cosas “en su corazón”». En el fondo, la oración es eso: una profunda relación de amistad y confianza con Dios, que Él desea tener con cada uno de nosotros.

Vayamos a Jesús por María. Con frecuencia, san Josemaría exponía este itinerario para la vida cristiana: «Si buscáis a María, encontraréis a Jesús»^[1]. En muchos países de tradición cristiana, “buscamos a María” con visitas a santuarios dedicados a Ella. Este año, quizá no será posible acudir físicamente a los santuarios que tenemos cerca. Pero los medios digitales también nos ayudarán a encontrar modos de hacer estas romerías de mayo de otra forma, incluso desde nuestra misma casa.

Cuando rezamos el rosario, lo recorremos con María hacia Jesús, porque cada vez que nos dirigimos hacia la Virgen, Ella nos conduce hacia su Hijo. Acudimos a Ella, omnipotencia suplicante, para que seamos fieles a los designios de Dios para cada una y cada uno de nosotros, también en tiempos de mucha incertidumbre. Ella, que pasó momentos muy difíciles y dolorosos, nos consolará y fortalecerá, para que —confiando en los planes de Dios— podamos ser apoyo para nuestros amigos y seres queridos, queriendo de verdad a los demás.

^[1] San Josemaría, *Es Cristo que pasa*, n. 144.

[Volver al índice](#)

8. Madre de Dios y esperanza nuestra (11-V-2020)

En este mes de mayo, estamos todavía en una difícil situación mundial, de emergencia sanitaria, con tantas consecuencias dolorosas. Nuestro pensamiento, nuestra oración, se dirige especialmente a la Santísima Virgen, que es Madre de misericordia y Salud de los enfermos.

Y, sobre todo, María es Madre de Dios. Así expresó la fe de la Iglesia, en el siglo quinto, con estas palabras solemnes, profundas y, a la vez, sencillas, el Concilio de Éfeso: «La Santa Virgen es madre de Dios, pues dio a luz carnalmente al Verbo de Dios hecho carne».

El Señor, en su designio de salvación, quiso contar con «una virgen desposada con un hombre llamado José, de la casa de David; el nombre de la virgen era María», como leemos en el Evangelio de san Lucas (*Lc* 1,26–27). Y Ella respondió al anuncio del Ángel: «Hágase en mí según tu palabra» (*Lc* 1,38). Y el Verbo se hizo carne.

En la maternidad divina de María tienen raíz todas sus cualidades, especialmente la de ser «llena de gracia» (*Lc* 1,28) —así la saluda el Ángel—, completamente santificada por la gracia de Dios.

La plenitud de gracia en María se desplegaba en una plenitud de fe, de esperanza y de caridad. Esta plenitud no evitaba que en la vida de la Virgen estuviese presente el sufrimiento, desde Belén hasta el Calvario. «Si Dios ha querido ensalzar a su Madre —explica san Josemaría—, es igualmente cierto que durante su vida terrena no fueron ahorrados a María ni la

experiencia del dolor, ni el cansancio del trabajo, ni el claroscuro de la fe»^[1]. La fe ciertamente es luz, pero también oscuridad, porque se cree lo que no se ve. Los planes de Dios no siempre podemos entenderlos, como María y José que, ante la respuesta de Jesús después de encontrarlo en el Templo, «no comprendieron lo que les dijo» (Lc 2,50). Que la Virgen nos consiga un aumento en la fe, que nos lleve a una segura confianza en Dios, a creer firmemente en el amor de Dios por nosotros, también cuando esa fe se manifieste más en su aspecto de oscuridad.

Querría detenerme hoy especialmente en la esperanza. María —escribe el Papa Francisco— «nos enseña la virtud de la espera, incluso cuando todo parece sin sentido (...), cuando Dios parece eclipsarse por culpa del mal del mundo». Nos sostiene en nuestros pasos, y nos dice: «¡Levántate!, mira adelante, mira el horizonte, porque Ella es Madre de esperanza»^[2].

Con la oración *memorare*, de San Bernardo, decimos que la Virgen no abandona a quien implora su asistencia: «¡Acordaos, oh piadosísima Virgen María!, que jamás se oyó decir que ninguno de los que han acudido a vuestra protección implorando vuestro socorro, haya sido desamparado de Vos». Podemos repetirla en estos días, con fe, para que dé esperanza ante la crisis sanitaria actual, que provoca también graves dificultades en la economía de muchas familias, desasosiego en lugares de trabajo, tensiones en la sociedad.

El Papa ha invitado a que, el próximo día 14 de mayo, nos unamos “a toda la humanidad” en una jornada de oración, ayuno y obras de caridad, para implorar a Dios que se supere la pandemia del coronavirus. Además de lo que cada uno y cada una considere oportuno, en el Rosario, especialmente en este día, recemos por esta intención, pensando en todos los que sufren las consecuencias de esta crisis sanitaria.

Pedimos a la Virgen que nos ayude a encarar el futuro con esperanza sobrenatural, con confianza en el amor de Dios por nosotros, aunque la incertidumbre humana sea grande, que podamos transmitir cariño y serenidad a los demás. Que sepamos ver la vida como un camino de colaboración en el que nos sostenemos unos a otros.

Los momentos de contrariedad pueden acabar siendo ocasiones favorables de crecimiento interior, de mejora personal y social: nos obligan a salir de nosotros mismos, a abrirnos a los demás. Pero es verdad que también sucede que, en estos momentos, pueden surgir dudas, desasosiego, ansiedad.

Con la luz de la fe, el sufrimiento adquiere sentido, se hace más llevadero e incluso puede llegar a convertirse en lugar donde encontrar claridad, paz y alegría interior. Deseamos que nadie sufra y, al mismo tiempo, como sabemos que el sufrimiento forma parte de la existencia humana, aprendemos a llevarlo con los demás, a revestirlo de amor. En la encíclica *Spe Salvi*, de Benedicto XVI, leemos: «Lo que cura al hombre no es esquivar el sufrimiento y huir ante el dolor, sino la capacidad de aceptar la tribulación, madurar en ella y encontrar en ella un sentido mediante la unión con Cristo, que ha sufrido con amor infinito»^[3].

A la Virgen María, Madre de esperanza, le encomendamos de manera especial el presente y el futuro de la Iglesia. Su segura confianza en el Hijo, mantuvo unida a la Iglesia naciente, en Pentecostés, en aquellos momentos de fragilidad que habían sucedido, en que varios discípulos huyeron, uno había renegado de Jesús, otros dudaron, todos tuvieron miedo (cfr. *Hch* 1,14). Ella infundió esperanza.

Renovemos aquel itinerario espiritual que desde muy temprano propuso san Josemaría: *Omnes cum Petro ad Iesum per Mariam*, ¡todos con Pedro a Jesús por María! Nuestra fe renovada en la Iglesia —que es don de Dios—,

se manifiesta en primer lugar en la oración por la Iglesia, por el Papa y por todos los que sufren persecución a causa del Evangelio. Se lo pedimos ahora a Santa María, madre de la Iglesia.

Con la frase final de una de las oraciones que ha propuesto el Papa para añadir al Rosario en este mes de mayo, decimos a la Virgen: «Nos encomendamos a Ti, que brillas en nuestro camino como signo de salvación y de esperanza. ¡Oh clementísima, oh piadosa, oh dulce Virgen María! Amén»^[4].

Volvamos con el pensamiento, con nuestra contemplación del Evangelio, a los momentos siguientes a aquel «hágase en mí según tu palabra» de María. Para una madre, la espera de un hijo, de una hija, es tiempo de esperanzas humanas. En María, esa espera tendría resonancias salvíficas universales, porque sabía que llevaba en su seno al Redentor del mundo. En su mirada de futuro, de alguna manera, estábamos cada uno de nosotros. Ya desde esa espera de nueve meses, la Virgen sentiría el peso de toda la humanidad, la de ser la 'nueva Eva'.

Fue junto a la Cruz, cuando María escuchó de labios de su Hijo crucificado estas palabras refiriéndose a san Juan y, en san Juan a cada uno de nosotros: «Mujer, ahí tienes a tu hijo» (*Jn* 19,26). Saber que María es “nuestra Madre”, nos lleva a tratarla con confianza filial, con la segura esperanza en su mediación materna. Con palabras de san Josemaría, podemos asegurar con alegre esperanza: «Toda la fortaleza que necesitamos —por nuestra pequeñez personal, por nuestras debilidades y errores— la iremos a buscar continuamente en Dios a través de nuestra filial devoción mariana»^[5].

Este “buscar continuamente a Dios a través de la filial devoción mariana” era un rasgo preciso de su propia vida. Justamente en estos días se cumplen 50 años de la peregrinación a Guadalupe, en México, en la que san Josemaría rezó durante nueve días consecutivos por todo el mundo y por la

Iglesia. «He tenido que venir a México —decía mirando a la imagen de la Virgen— para repetirte con la boca y el alma llena de confianza, que estamos muy seguros de Ti y de todo lo que nos has dado (...) No admitimos más ambición que la de servir a tu Hijo y, por Él y con tu ayuda, a todas las almas».

En este mes de mayo, también se cumple el centenario del nacimiento de san Juan Pablo II, que puso su largo pontificado bajo la protección de María, con el lema *Totus Tuus*, “todo tuyo”, referido a la Virgen. «Cuántas gracias he recibido de la Santísima Virgen», escribía en su carta sobre el Rosario.

Que María, Madre de Dios y Madre nuestra, nos consiga de su Hijo Jesús, un aumento de fe y de esperanza, que lleve consigo una intensificación de nuestro amor a Dios y a los demás.

[Volver al índice](#)

^[1] San Josemaría, *Es Cristo que pasa*, n. 172.

^[2] Francisco, *Audiencia general*, 10-V-2017.

^[3] Benedicto XVI, *Spe Salvi*, n. 37.

^[4] Francisco, *Carta sobre el Rosario*, 25-IV-2020.

^[5] San Josemaría, *Carta 31-V-1954*, n. 36.

9. Preparar en Adviento el regalo de la nueva Navidad (7-XII-2020)

«Preparad los caminos del Señor, enderezad sus sendas» (*Mc 1,3*). La liturgia del Adviento nos propone estas palabras de Isaías —proféticas— respecto a Juan Bautista, como vemos también en el evangelio. El Adviento es una espera y una preparación, no una espera pasiva, sino una preparación para la llegada del Señor.

Celebraremos en la Navidad, precisamente, la Encarnación, el Nacimiento del Hijo de Dios hecho un niño, para nosotros. Ya nos tenemos que ir preparando para contemplar este misterio extraordinario que es una manifestación —sobre todo— del amor de Dios por nosotros, de la entrega del Señor por nosotros. Quien es omnipotente, quien es el Creador, el Infinito, se quiere hacer un niño pequeño para nosotros y por nosotros.

Tenemos que ir preparándonos, precisamente, para recibir —con la novedad que la Navidad nos propone de nuevo cada año— este don de Dios con un enorme agradecimiento. También sabemos bien que la liturgia del Adviento hace referencia a esa segunda venida del Señor al final de los tiempos que, de alguna manera, se adelanta para cada persona con su propia muerte, con el final del paso por la tierra. Algo que no nos tiene que dar miedo, sino que nos tiene que hacer sentir también nuestra propia vida como una preparación, como un adviento: que va a venir el Señor a recogernos. Toda nuestra existencia es, de algún modo, un tiempo de espera hasta ese día en el que Jesús vendrá para llevarnos junto a sí.

Un tiempo de espera activa. Nuestro caminar hacia Belén tiene que ser un buscar a Jesús en todas las dimensiones de nuestra vida ordinaria. Pero para eso hay que “enderezar sus sendas”. ¿Qué significa “enderezar sus sendas”? Significa, para nosotros, quitar obstáculos a la venida del Señor a nosotros, a nuestras almas, a nuestra vida.

¿Y qué obstáculos encontramos? Muchos. Cada uno podemos ver: ¿qué hay en mi vida que sea, de alguna manera, un obstáculo para que el Señor venga más? Por decirlo de otro modo, ¿qué obstaculiza el abrir mi alma, mi día, mi vida corriente para que entre más el Señor plenamente con su fuerza, con su gracia, con su bien, con su alegría? Dicho de otro modo, todo se puede resumir en un obstáculo grande que es nuestro propio yo, la propia soberbia con la que tendremos que luchar siempre, sin desalentarnos, cuando la veamos surgir.

Es, en el fondo, la conversión. Una conversión que es, sí, fruto de nuestro esfuerzo, pero sobre todo, de la gracia de Dios. Una gracia de Dios que nos tiene que dar luz para ver en qué tenemos que mejorar, en qué tenemos que abrir más el camino a la venida del Señor a nuestra vida. Y, a la vez, la fuerza que el Señor nos da con su gracia, para que podamos realizarlo, para que podamos corresponder.

Por eso, ver nuestras limitaciones, nuestros límites, no nos tiene que desalentar. Nos tiene que dar, de alguna manera, alegría, no porque sean límites, sino porque son una luz que nos permite mejorar, que nos permite abrirnos más al don de Dios. Y, sobre todo, ver esta gracia de Dios, esta luz de Dios como fruto, como consecuencia, de algo tan grande como es el amor omnipotente de Dios por cada uno de nosotros, que se nos manifiesta ahora en esa venida —que esperamos, a la que nos preparamos activamente— de Dios hecho un niño por nosotros y para nosotros.

Meditar en la venida del Señor a nosotros nos lleva también lógicamente a pensar en la Eucaristía, porque es donde encontramos toda la fuerza —cada día, si queremos cada día— para abrir el alma a esa venida que es ya una realidad plena en la comunión, que como dice un Padre la Iglesia —concretamente san León Magno, en un texto que también la liturgia recoge alguna vez— «la participación del cuerpo y de la sangre de Cristo no hace otra cosa sino convertirnos en lo que recibimos»^[1]. Nos va identificando con Jesucristo, porque este “abrir los caminos”, este “enderezad las sendas”, este “prepararnos para la venida del Señor”, es prepararnos para identificarnos con Él. Y eso lo hacemos fundamentalmente en la Eucaristía —¡lo hace Él en la Eucaristía! —para que esa identificación sea real, para que nuestro pensamiento esté de acuerdo con el pensamiento del Señor, para que nuestras reacciones ante las personas o ante las circunstancias, sean las reacciones que tiene el Señor.

Que nos identifiquemos con Jesucristo, también durante el Adviento, pensando en la sencillez del Niño, en la disponibilidad del Niño, en el dejarse manejar del Niño ¿por quién? Pues nada menos que por la Virgen santísima.

Y así entramos, en otro aspecto que yo querría que fuese objeto de nuestra oración, para pedirle a la Virgen —se lo pedimos ahora— que también, con ocasión de la gran solemnidad de la Inmaculada Concepción, ella nos acompañe. En realidad, que nosotros la acompañemos en el camino hacia Belén para encontrar más intensamente a Jesucristo —una vez más considerado, contemplado— como expresión de su amor infinito hecho un niño por nosotros.

Ella, María, concebida sin mancha alguna, llena de gracia. Este «llena de gracia» se lo dice como nombre el Arcángel en la Anunciación: «Dios te salve, llena de gracia» (*Lc 1,26*). Después le dirá también “María” cuando le diga «no tengas miedo, María» (*Lc 1,30*), pero el saludo es como si fuera

su nombre propio: “Llena de gracia”. ¿«Llena de gracia» qué es? Su significado original es: completamente transformada por la gracia. Así la contemplamos, sabiendo además que es Madre nuestra, Madre de Dios desde el momento de la Encarnación y Madre nuestra.

[Esta escena] le hacía exclamar a san Josemaría —con una admiración que queremos hacer nuestra—: «Más que tú solo Dios». Mirando a la Virgen, diremos: «Más que tú solo Dios». Ella recibe una vocación sorprendente. Pregunta para saber bien de qué se trata. Y cuando el Ángel se lo explica, está la respuesta de plena dedicación: *Fiat!*, ¡hágase! «Hágase en mí según tu Palabra» (*Lc 1,38*).

El primer Adviento es ya la espera del nacimiento del Señor desde que está en su seno virginal. En esta contestación de la Virgen vemos —como decía el Papa Francisco en una homilía— que la plenitud de gracia transforma el corazón, y lo hace capaz de realizar ese acto tan grande, el *Fiat!* de la Virgen, que cambiará la historia de la humanidad (Francisco, 8–XII–2015). Esa palabra: «hágase».

También nosotros tenemos que responder así al Señor: «Hágase». Porque todos tenemos una vocación muy precisa. San Pablo, en un texto —que seguramente habremos, muchos o todos, meditado, alguna vez o con frecuencia— de la epístola a los Efesios, dice que el Señor Dios «nos eligió antes de la fundación del mundo para que fuésemos santos y sin mancha en su presencia por el amor» (*Ef 1,4*).

Es interesante ese texto en latín, porque cuando dice “sin mancha”, aunque significa lo mismo, dice: “inmaculados”. Nosotros “inmaculados”, realmente, no somos inmaculados, sino que nos llama a que lleguemos a ser inmaculados. ¿Y cómo? Por el amor, dice. Por el amor... Por eso, esa llamada universal a la santidad que san Josemaría predicó desde siempre —y que el Concilio Vaticano II recogió con solemnidad— no es una

santidad de no tener defectos, de ser “super perfectos” o para estar en un museo... Es más bien la santidad que consiste en el amor, en la plenitud del amor. Porque podremos con la gracia de Dios amar a Dios cada vez más, a pesar de nuestras limitaciones, aunque sigamos teniendo defectos y limitaciones: amar a Dios y amar a los demás.

Benedicto XVI, en la encíclica *Deus Caritas est*, se preguntaba: ¿es posible amar a Dios a quien no vemos? Ciertamente, podría haber hecho una exposición filosófica y teológica para responder a esta pregunta, pero se limitó a la respuesta sintética fundamental. ¿Es posible amar a Dios a quien no vemos? En realidad, «Dios se ha hecho visible en Jesucristo”. Ahí tenemos que volcarnos: en contemplar al Señor, a Jesucristo, en el Evangelio, en nuestra misma oración personal. Porque también así podremos tener la fuerza de querer más a los demás, también de imitar a la Virgen santísima.

Es impresionante cómo, inmediatamente después de la Anunciación, inmediatamente después de haberse hecho —con ese *fiat!*— Madre de Dios, lo primero que, podremos decir así, se le ocurre a la Virgen es pensar en su prima. Porque el ángel le había dicho que su prima estaba esperando un niño, pero no le había dicho que fuese a verla. Aquello era un signo de la omnipotencia de Dios, porque era una prima ya anciana. Y la Virgen enseguida se da cuenta de que su prima necesitaría ayuda y se pone en camino. Y se pone en camino no para dar un saludo, para estar unas horas o unos días. ¡Está meses, meses...!

Vamos a pedirle a la Virgen que ella nos obtenga del Señor una gracia que nos mueva, primero, a descubrir las necesidades de los demás y, después, a tener la decisión, el deseo y la eficacia para servir, para ayudar, para sentir las necesidades de los demás como nuestras.

Y vemos a la Virgen Inmaculada, fruto de esa plenitud de gracia, cómo también sabe descubrir las necesidades en Caná. Están invitados el Señor, sus discípulos y la Virgen a aquellas bodas. La Virgen es la única que se da cuenta de que está faltando el vino. Podemos decir: es una cosa tan material... pero era importante para los novios, para que no quedasen mal. La Virgen descubre hasta esas pequeñas cosas y es por amor, por su plenitud de gracia.

Madre, nosotros no tenemos una plenitud de gracia, pero queremos con tu ayuda parecernos a ti para así parecernos más a Jesucristo. Prepararnos para recibir en este Adviento el regalo de la nueva Navidad, haciendo que nuestra vida sea un regalo para los demás, y especialmente para los que más lo necesiten. Hay tantas personas que viven solas, tantos enfermos, gente aislada, tantas personas que por la pandemia están sufriendo serias dificultades económicas, en sus familias.

Acudimos, para terminar, a la mediación materna de María, para que ella nos guíe con José también en nuestro camino hacia ese Belén constante de nuestro encuentro personal con Jesucristo.

[Volver al índice](#)

^[1] S. León Magno, *Sermón 12 sobre la pasión del Señor*, 3,7: PL 54,357

10. Meditación pascual (27-IV-2021)

Sobre los acontecimientos del día de la Resurrección del Señor, san Juan escribe en el capítulo 20 de su Evangelio: *«Al atardecer de aquel día, el siguiente al sábado, con las puertas del lugar donde se habían reunido los discípulos cerradas por miedo a los judíos, vino Jesús, se presentó en medio de ellos y les dijo: La paz esté con vosotros»* (Jn 20,19).

La alegría. Es la alegría de la Pascua. Una alegría que en este tiempo pascual la Iglesia nos anima a renovar en nuestras almas, pero que es una alegría que debe ser permanente porque Cristo ha resucitado y está siempre con nosotros.

Poco antes de la Pasión, a los apóstoles les dijo: *«Como el Padre me amó, así os he amado yo a vosotros. Permaneced en mi amor. Os he dicho estas cosas para que mi alegría esté en vosotros y vuestra alegría sea completa»*. Es estupendo pensar que el deseo de Jesucristo es que seamos felices, que estemos contentos y que nuestra alegría sea completa. Y nos da además el motivo: os he dicho estas cosas *«para que estéis contentos, para que vuestra alegría sea completa»*... Y nos dice: *«Como el Padre me amó, así os he amado yo a vosotros»* (Cfr. Jn 15,9-11).

Y ahí tenemos que ver la principalísima fuente de nuestra alegría, la razón de nuestra felicidad: el amor de Dios por nosotros, que no es un amor cualquiera. Él dice: *«Como el Padre me amó, así os he amado yo a vosotros»*. O sea, que nos quiere —eso que dice a los apóstoles nos lo dice a

todos, por eso ha querido que esté en el Evangelio—; el Señor nos ama con el amor —nada menos— con que Dios Padre ama a Jesucristo.

Esta es la gran fuente de nuestra alegría, y así nos lo dice el Señor: «*Os lo he dicho para que estéis contentos*». Este es el fundamento. Por eso, san Juan, después, en una de sus epístolas, dice esa especie de fórmula solemne que resume la experiencia de los apóstoles en el trato con Jesucristo, cuando escribe: «*Nosotros hemos conocido y creído el amor que Dios nos tiene*» (1 Jn 4,16).

Así es. Y nosotros, Señor, ahora, rezando, haciendo un poco de oración, queremos tener esta fe de creer de verdad en el amor que tú nos tienes, para que así nuestra alegría sea completa. Porque el Señor quiere que estemos contentos con esa alegría completa, que significa también que sea permanente, que estemos siempre contentos, como nos recuerda san Pablo cuando escribe, en una de sus epístolas: ésta es la voluntad de Dios, que seáis felices, que estéis contentos.

«*Se alegraron los discípulos al ver al Señor*» (Jn 20,20). Y nosotros, ¿cómo vemos al Señor, para estar, como los discípulos, contentos? Lo vemos con la fe, con los ojos de la fe; y lo vemos de un modo muy especial, muy especial, en la Eucaristía, cada vez que nos ponemos delante de un sagrario, con la fe de que ahí está verdaderamente Jesucristo, y que se ha quedado ahí para cada uno de nosotros, y que está ahí para entregársenos como alimento, para identificarnos con Él, ahí está. Ver al Señor, ciertamente con la fe, por eso necesitamos tanto que nuestra fe vaya creciendo, y por eso es tan bueno rezar con frecuencia, como los apóstoles, que dijeron al Señor: *Adauge nobis fidem!*, ¡aumentanos la fe!, aumentanos la fe (vid. Lc 17,5).

Y muy especialmente ahora, en este tiempo de Pascua: Señor, aumentanos la fe en el amor que tú nos tienes para que, como tú quieres, al decirnos eso

(el amor que nos tienes), nuestra felicidad, nuestra alegría, sea verdaderamente completa.

Realmente, no podemos ignorar tantos motivos que podrían robarnos la alegría, que tienden de hecho, a robarnos la alegría: tanto sufrimiento —personal en ocasiones— de personas queridas, dolores físicos y morales, desgracias; y ahora, pensando en tanto sufrimiento que está causando esta pandemia que está sufriendo el mundo entero; y tantas otras desgracias, y tantos motivos que habría, naturalmente, para no estar contentos. Sin embargo, podemos estar contentos, ¡debemos estar contentos!, si tenemos fe en el amor de Dios. Pero también, precisamente, con la conciencia de que la fe es de lo que no se ve. Y por eso tantas veces podemos pensar y reaccionar: ¿cómo es posible?, ¿por qué Dios permite esto? Tantas veces permite porque depende de la libertad humana —y es tan grande el valor de la libertad—, que hay tantos males en el mundo que dependen del mal uso de la libertad. Pero hay otras veces que no, y no entendemos, pero es el momento de la fe, el momento de la fe.

Pensando también que, en la providencia de Dios, a la santísima Virgen y a san José el Señor les exigió una fe grande, ¡Y la tuvieron!, también cuando no entendían. No podemos dejar de recordar esa escena cuando el Señor tiene 12 años y se queda en Jerusalén sin avisar a la Virgen, a san José que van de vuelta. No hay quien entienda por qué hace eso el Señor. El Evangelio nos dice que la Virgen y san José estaban angustiados. Y no lo entendieron. Dice el Evangelio, expresamente que, cuando lo encuentran y le preguntan «¿por qué nos has hecho esto?», les da una razón sorprendente: «¿No sabíais que tenía que ocuparme de las cosas de mi Padre?», Y dice el Evangelio que no entendieron al Señor (cfr. Lc 2,41-50).

No nos preocupemos, no nos angustiemos por no entender los planes de Dios. Humanamente muchas veces nos quitarían la alegría. No nos preocupemos, ¡volvamos!, ¡reconquistemos!, porque a veces la perderemos,

reconquistemos nuestra alegría con el acto de fe, con el acto de fe en el amor de Dios: en que Dios está con nosotros y que verdaderamente *Dominus tecum*, le dijo el ángel a la Virgen (cfr. *Lc* 1,28). Y también nos lo dice a nosotros siempre, el Señor está con nosotros: «*Yo estaré con vosotros todos los días hasta el fin del mundo*» (cfr. *Mt* 28,20). Se lo dijo a los apóstoles y nos lo dice a nosotros.

Tenemos que estar contentos, tenemos que esforzarnos por estar contentos. No con una alegría superficial, y mucho menos irracional, desconocedora de la realidad. Si es una alegría radicada en el amor de Dios es compatible con la Cruz. Me viene a la memoria una expresión de san Josemaría cuando nos aseguraba que «la alegría tiene sus raíces en forma de Cruz» (*Forja*, n. 28), sobre todo en la Cruz de Cristo, que es lo que nos ha redimido, lo que nos permite tener fe, lo que nos permite tener amor, lo que nos permite en el fondo, tener una alegría auténtica. Ahí está la raíz de nuestra alegría en la Cruz de Cristo.

Y por eso también, el dolor y el sufrimiento en nuestra vida, pueden tener como raíz una alegría que se expande a los demás: una alegría que no ha de ser nunca algo egoísta, individualista. De hecho, la alegría auténtica—incluso humana, que es buena— de suyo es expansiva. La alegría tiende a expandirse y, más aún, la alegría espiritual —de fondo—, la alegría cristiana tiende a expandirse a los demás, a quienes están a nuestro lado, a todo el mundo, con la sonrisa, con el buen humor, con la ayuda, con el interés por los demás de tal manera que, —como le gustaba decir a san Josemaría— seamos todos, procuremos serlo —a pesar de nuestras limitaciones y de nuestros mismos errores— *sembradores de paz y de alegría*.

Sí a lo que tenemos cerca, pero también podemos ser sembradores de alegría en el mundo entero con nuestra oración. Llevándonos al mundo entero a nuestra oración para que la gente esté contenta, para que la gente

sepa encontrar la alegría también en la Cruz, sintiendo todo como muy nuestro, *el mundo es nuestro*.

Recordamos el salmo número dos, cuando refiriéndose proféticamente a Jesucristo, dice: «*Te he dado todas las gentes como heredad*» (Sal 2,8). Pues, en Jesucristo nos las ha dado a nosotros, especialmente a los cristianos, el mundo por heredad. Y también tenemos que sentir esa responsabilidad de sentir como muy nuestro todo, también los sufrimientos de quienes no conocemos, hasta el último extremo de la tierra, para con nuestra alegría y con nuestra oración poder también sembrar alegría allí, donde físicamente no podríamos llegar.

La Virgen santísima: podemos pensar que estaba siempre contenta, con la plenitud de gracia como Madre de Dios. Y sin embargo, tuvo mucho que sufrir; y sin embargo es el ejemplo de cómo unir, de cómo ser capaces —ciertamente con la gracia de Dios, pidiéndosela al Señor— de ser felices cuando hay que sufrir, desde ese momento que recordábamos antes del Niño perdido y hallado en el templo, hasta el pie de la Cruz.

Vamos a pedirle a la Virgen —a ella que en las letanías del rosario la llamamos *Causa de nuestra alegría*— que nos ayude a estar contentos, y que con su intercesión y con su mediación materna nos consiga un aumento de gracia, un aumento de fuerza, un aumento de fe, especialmente en el amor que Dios nos tiene para que en estos tiempos de Pascua la alegría crezca en nuestras almas y se trasmita a todo el año y la podamos trasmitir a todo lo que está a nuestro alrededor y, con la oración, hasta el fin del mundo.

[Volver al índice](#)

HOMILÍAS

11. Misa por los fallecidos durante la pandemia (26–VI–2020)

Iglesia prelatia de Santa María de la Paz

Hoy, en la fiesta litúrgica de san Josemaría, aquí junto a sus restos mortales, en la iglesia prelatia de Santa María de la Paz, acudimos a su intercesión por todos los que están sufriendo las consecuencias del coronavirus, sobre todo por los difuntos y sus familias. Ahora, nuestro recuerdo se dirige especialmente hacia los países en que sigue más presente la pandemia. La comunión de los santos nos lleva a hacer propio lo que afecta a los demás, porque «si un miembro sufre, todos sufren con él». “En esta barca estamos todos”, dijo el Papa Francisco. Estamos “llamados a remar juntos, todos necesitados de confortarnos mutuamente”^[1].

Las lecturas de la Misa de hoy nos recuerdan tres realidades, que san Josemaría llevaba muy en el corazón: la Eucaristía, el *omnia in bonum!* (¡todo es para bien!) y el sentido de misión.

«El Hijo del Hombre no ha venido para que le sirvan, sino para servir y dar su vida en rescate por muchos» (Mt 20,28). Estas palabras, que leeremos en la antífona de comunión, resumen el caminar terreno de Jesús, que estuvo marcado por la entrega a los demás. «Él mismo llevó nuestros pecados en su cuerpo, para que, muertos a los pecados, vivamos para la justicia» (1 P 2,24). Y este sacrificio se vuelve a hacer presente en la santa Misa, donde Cristo se nos entrega totalmente. Él mismo se ofrece como alimento que nos sostiene, nos llena de su misericordia y de su amor, como lo hizo en el Calvario.

Durante los meses de confinamiento, estamos aprendiendo a valorar más la participación en el Sacrificio eucarístico. Muchas familias, en medio de esta difícil situación, la primera cosa que hacían cada día era seguir por televisión la santa Misa. De ese momento sacaban las fuerzas necesarias para afrontar la jornada y, a la vez, aumentaban su deseo de recibir al Señor sacramentalmente.

En estas circunstancias difíciles del mundo, de este mundo del que somos y al que amamos como creación de Dios, nos llenan de consuelo estas palabras que hemos leído en la segunda lectura y que san Josemaría meditó tantas veces: «Habéis recibido un Espíritu de hijos de adopción, en el que clamamos: ¡*Abba*, Padre!» (*Rm* 8,15). Sabernos hijas e hijos de un Dios que todo lo sabe y todo lo puede nos ha de dar una profunda alegría que es fruto del Espíritu Santo.

Esto no significa que no encontremos dificultades y sufrimiento. San Pablo termina así el texto que acabamos de leer: somos «herederos de Dios y coherederos con Cristo; de modo que, si sufrimos con él, seremos también glorificados con él» (*Rm* 8,17). Estas palabras nos ayudan a entender el sentido del dolor. Cuando algo nos hace sufrir, podemos unirnos al sacrificio de Jesús en la Cruz, con la esperanza puesta en la resurrección. Porque «lo que cura al hombre no es esquivar el sufrimiento y huir ante el dolor, sino la capacidad de aceptar la tribulación, madurar en ella y encontrar en ella un sentido mediante la unión con Cristo, que ha sufrido con amor infinito»^[2].

La fe nos da la seguridad de que todo es para bien: *Omnia in bonum!*, le gustaba repetir a san Josemaría con palabras de san Pablo (cfr. *Rm* 8,28). Sí, todo es para bien, aunque a veces cueste entender el bien que puede traer una situación como la que estamos atravesando. Pero lo cierto es que, en este tiempo, hemos presenciado innumerables muestras de generosidad, de creatividad, de iniciativa y el trabajo abnegado de tantas personas, llegando

incluso a arriesgar su propia vida: personal sanitario, fuerzas de seguridad, sacerdotes, voluntarios... También hemos conocido historias de padres y madres desviviéndose por sacar adelante cada hogar durante el confinamiento. Estos ejemplos de entrega nos han llevado a estar más unidos, a ser más conscientes de que necesitamos de los demás y que los demás nos necesitan.

En el Evangelio de hoy, leemos esta invitación de Jesús a Simón Pedro, que le impulsa a la misión: «Rema mar adentro, y echad las redes para pescar» (*Lc* 5,4). Estas mismas palabras nos las dirige también hoy a cada uno de nosotros: dejar a un lado la propia comodidad para salir al encuentro de los demás y transmitir la alegría del Evangelio, la alegría de una vida junto a Jesús, que ha dado su vida por amor a cada uno de nosotros.

Para lanzarse mar adentro, hace falta audacia, deseos de cambiar el mundo. Pero, por encima de todo, es necesario tener un corazón enamorado, dejar que Cristo sea el centro de nuestra vida, de modo que Él sea «el único motor de todas nuestras actividades»^[3].

Después de la invitación de Jesús a remar mar adentro, leemos: «Hicieron una redada de peces tan grande que reventaba la red» (*Lc* 5,6). Tampoco la eficacia sobrenatural de nuestro trabajo depende de nuestras cualidades, sino de dejar obrar al Señor. «Cuando nos ponemos con generosidad a su servicio —explica el Papa Francisco—, Él obra grandes cosas en nosotros. Así actúa con cada uno de nosotros: nos pide que lo acojamos en la barca de nuestra vida, para recomenzar con él a surcar un nuevo mar, que se revela cuajado de sorpresas»^[4]. Este fue el ideal que inspiró la vida de san Josemaría. Sentía que «la Obra ha nacido para extender por todo el mundo el mensaje de amor y de paz, que el Señor nos ha legado»^[5]. Ojalá nosotros sepamos también lanzarnos con esa misma confianza a todo lo que el Señor nos pida.

Los que participamos en esta Santa Misa –de modo presencial o a través de la red– nos unimos con cariño y oración a todo el sufrimiento del mundo, y nos encomendamos a los difuntos para que desde el Cielo —con san Josemaría, en el día de su fiesta— intercedan por todos nosotros.

Acudamos muy especialmente a Santa María, Madre de Dios y Madre nuestra. Ella, Consuelo de los afligidos, nos ayudará a ver, con los ojos de la fe, el amor de su Hijo en las dificultades que estamos atravesando. Ella, Estrella de la mañana, nos guiará por ese camino de amor y confianza en Dios.

[Volver al índice](#)

^[1] Francisco, Momento extraordinario de oración en tiempos de pandemia, 27–III–2020.

^[2] Benedicto XVI, *Mensaje con ocasión de la Jornada Mundial del Enfermo*, 11–II–2013.

^[3] San Josemaría, *Apuntes íntimos*, n. 1289 (5–10–1935).

^[4] Francisco, Ángelus, 10–II–2019.

^[5] San Josemaría, *Carta 16–VII–1933*, n. 3.

12. En la festividad de san Josemaría (26-VI-2021)

Basílica de San Eugenio

En esta nueva fiesta de san Josemaría, aniversario de su marcha al Cielo, agradecemos en primer lugar a Dios que en estas circunstancias nos permita celebrarla con cierta normalidad. Hace exactamente un año, sólo unas pocas personas pudieron asistir a la Eucaristía celebrada en *Santa Maria della Pace* (la iglesia prelatia), que se ofreció por los fallecidos durante la pandemia. Hoy rezamos una vez más por todos los difuntos y enfermos, junto con sus familias, y apelamos a la intercesión de san Josemaría para que les proteja desde el Cielo.

En la primera lectura hemos escuchado el relato de la creación del hombre. Dios formó al hombre a partir del polvo de la tierra, y luego creó el mundo para él y para que todos sus descendientes lo trabajaran y cuidaran. San Josemaría señalaba que el trabajo es una misión «que Dios nos confía en la tierra, (...) haciéndonos partícipes de su poder creador, para que nos ganemos el sustento y, al mismo tiempo, recojamos frutos para la vida eterna: el hombre ha nacido para trabajar, como los pájaros para volar» (*Amigos de Dios*, 57).

El propio Jesús pasó la mayor parte de su vida terrenal trabajando en el taller con José. Tanto es así que, cuando comenzó su vida pública, los lugareños le conocían por su oficio: «¿No es éste el artesano, el hijo de María?» (*Mc* 6,3). Su obra no suscitó ninguna sorpresa, como ocurriría después con sus milagros y su predicación. Sus días en el taller nos hacen

comprender que la santidad también se construye allí: entre las herramientas del oficio, en el deseo de servir y cuidar a los que nos rodean, en medio de la alegría y el cansancio que, de un modo u otro, nunca faltan.

Afrontar el trabajo de este modo nos ayuda a verlo no sólo como una realidad meramente material, sino como una respuesta a la vocación que Dios ha dado a cada uno y que abarca toda nuestra existencia. Como afirma el Papa Francisco: en el trabajo «se ponen en juego muchas dimensiones de la vida: la creatividad, la proyección hacia el futuro, el desarrollo de las competencias, el ejercicio de los valores, la comunicación con los demás, la actitud de adoración» (*Laudato si'*, n. 127).

En la segunda lectura, san Pablo habla del espíritu que debe impregnar nuestra relación con Dios: «*No habéis recibido un espíritu de esclavitud, (...) sino que habéis recibido el Espíritu que os hace hijos adoptivos, por el que gritamos: ¡Abba, Padre!*» (Rom 8,15).

Es precisamente la conciencia de nuestra filiación divina la que nos permite vivir sin miedo: «No tengo miedo de nada ni de nadie, ni siquiera de Dios, que es mi Padre», decía san Josemaría. Esta realidad nos lleva a afrontar todas las dificultades con serenidad y sin desaliento, especialmente ante las limitaciones y los errores propios y ajenos, porque con la gracia divina siempre tenemos la luz y la fuerza para transformarlos en un camino de santidad. Con la confianza filial en Dios, podemos abandonarnos en sus brazos, sin confiar sólo en nuestras fuerzas.

Este abandono filial fue el fundamento de la vida espiritual de san Josemaría. Se consideraba espontáneamente como un niño balbuceante, y no hacía más que empezar y volver a empezar cada día. Esta intimidad con su Padre Dios brillaba especialmente en la oración.

En el Evangelio, pues, escuchamos la invitación de Jesús a los Apóstoles «a remar mar adentro». Después de estas palabras vemos una cierta desgana por parte de Simón Pedro, fruto del fracaso del trabajo que acababa de realizar: «*Maestro, hemos trabajado toda la noche y no hemos pescado nada*». (Lc 5,5). Y, sin embargo, responde inmediatamente: «*Pero en tu palabra echaré las redes*» (Lc 5,5). Todavía no conocía bien a Jesús, pero eso no le impidió confiar en él y desconfiar de sus propias fuerzas, sin pensar en lo que humanamente hubiera tenido más sentido. El resultado disipó toda duda: «*Pescaron un gran número de peces, y sus redes casi se rompieron*» (Lc 5,6).

También hoy, Jesús nos llama a embarcarnos en un apostolado que no admite miedo, porque sabemos que él, el Señor, guía nuestra barca. Incluso en este momento marcado por la pandemia, hemos encontrado dificultades que han limitado nuestra acción apostólica. Limitado, pero no detenido, porque para el cristiano todo es un apostolado, como hemos aprendido de san Josemaría.

De hecho, en estos largos meses se han emprendido muchas iniciativas apostólicas con pasión, creatividad y constancia. En esos momentos en que el mundo tiene una especial necesidad de Dios, debemos comprometernos a hacer comprender a las personas de nuestro entorno, con una amistad sincera, lo que significa vivir cerca de Jesús. El Señor se encargará de que la eficacia de nuestro trabajo sea tan grande como la pesca milagrosa.

Recurramos a la intercesión maternal de la santísima Virgen María, con la sencillez y la confianza que tenía san Josemaría. En una ocasión confió a un grupo de sus hijos: «Suelo abandonarme, trato de hacerme pequeño y ponerme en los brazos de la Virgen»^[1].

[Volver al índice](#)

^[1] San Josemaría, *Notas de Predicación*, 20-XII-1974.

13. Homilía del Prelado en Torreciudad (20–VIII–2020)

Hemos escuchado en la primera lectura la profecía de Isaías, que anuncia la venida del Redentor, de Jesús, dándole un nombre muy especial: Emmanuel, que significa “Dios con nosotros”. Realmente Dios está con nosotros, el mismo Señor —lo tenemos aquí, en el Sagrario, en la Eucaristía—, y está con nosotros la Trinidad, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo en nuestra alma en gracia. Verdaderamente, nos quiere tanto Jesús que ha querido que su mismo Nombre sea el de estar con nosotros.

En la segunda lectura, de San Pablo, hemos escuchado que somos hijos de Dios. No sólo está con nosotros: está como Padre, como Padre que nos quiere, como Padre que nos quiere identificados con su Hijo unigénito, con Jesucristo, por la fuerza del Espíritu Santo. Y eso nos tiene que dar una gran esperanza y una gran confianza en el trato con el Señor, en nuestra oración.

Y con confianza, también agradecimiento. Que seamos personas agradecidas al Señor. También por motivos singulares, especiales, como es el caso del aniversario de la ordenación sacerdotal, para mí y para otros muchos sacerdotes. También para cada uno de vosotros y de vosotras, habrá momentos especiales en que os saldrá más espontáneo dar gracias al Señor. Pero esta realidad del agradecimiento a Dios tiene que ser algo constante. San Josemaría, hace muchos años, la víspera de un 1 de enero, nos daba como sugerencia, una especie de propósito, nos decía en latín: *Ut in gratiarum semper actione maneamus!*, que significa que permanezcamos siempre en acción de gracias. Tenemos que permanecer siempre en acción de gracias, para saber reconocer el bien que el Señor nos da directamente en nuestra alma y también el bien que nos da a través de tantísimas personas

en la familia, en el trabajo, en las amistades. Saber reconocer el bien para ser agradecidos. Permanecer siempre en acción de gracias. Pero, a veces, no todo es muy bueno: hay sufrimiento, hay enfermedad, hay contrariedades, hay desgracias. Pues también ahí podemos ser agradecidos a Dios, podemos dar gracias porque, como también decía san Josemaría en un punto de Camino, el Señor nos hace entonces participar de su dulce Cruz (*Camino*, n. 658). Es cuestión de fe saber descubrir el amor de Dios, también en el dolor. Esto sólo es posible con la fe y mirando a la Cruz de Jesucristo, procurando identificarnos con Él. Esta fe nos da luz sobre esta maravillosa verdad: Dios es verdaderamente Amor; Dios nos quiere con locura, con una “locura” que le llevó a la Cruz para salvarnos.

San Juan, en una de sus epístolas, hace como una especie de resumen de su experiencia, la experiencia de los apóstoles, en el trato con Jesucristo, y dice en forma solemne: «nosotros —se refería a los apóstoles—, nosotros hemos conocido y creído el amor que Dios nos tiene». Si, a veces, nos falta un poco la fe para saber descubrir el amor de Dios, pidámosla a Jesús, como los apóstoles le decían: «¡aumentanos la fe!». Necesitamos la fe también para estar con la seguridad de que, por encima y por debajo y en medio de todos los acontecimientos, está nuestro Padre Dios, que cuida de nosotros, aunque no podamos entenderlo muchas veces.

El Señor quiere que estemos contentos, que seamos felices también aquí en la tierra, a pesar de las dificultades que podamos encontrar. Se lo dijo a los apóstoles, en ese momento tan especial de la Última Cena, como expresando su gran deseo: «Que mi alegría esté en vosotros y que vuestra alegría sea completa» (*Jn* 15,9–11). Este es el deseo de Cristo para nosotros: que seamos felices. Pero necesitamos la fe. Vamos a pedirle al Señor: aumentanos la fe, hoy y ahora, aumentanos la fe, también para tener la fuerza de no centrarnos en lo nuestro, en nuestras dificultades, para tener el alma más abierta a los demás.

En el Evangelio, acabamos de escuchar esa escena, como tantas otras sorprendente, en la que la Virgen es la primera y la única que se da cuenta de las necesidades de la gente. Ni siquiera los encargados de las bodas, de la organización, se dieron cuenta. La Virgen se da cuenta de que falta vino. Vamos a pedirle a Ella que nos ayude a saber descubrir las necesidades de los demás, que nos ayude a olvidarnos un poco más de nosotros mismos, porque así seremos más felices. Porque no hay modo más seguro de estar contentos, que darnos a los demás, que pensar en los demás.

Así lo decía también san Josemaría: El darnos al servicio de los demás es de tal eficacia que el Señor lo premia con una humildad llena de alegría (*Forja*, n. 591). Que la Virgen nos ayude a tener una fe más firme en que somos hijos e hijas de Dios, queridísimos por Dios, y que nos dé la seguridad de que en todas las circunstancias de nuestra vida nos acompaña el amor inmenso de Dios por nosotros. Así sea.

[Volver al índice](#)

14. Carta del Papa Francisco al Prelado del Opus Dei con motivo de sus bodas de oro sacerdotales (15-VIII-2021)

Traducción del latín

A mi querido hijo Mons. Fernando Ocáriz, que en la solemnidad de la Asunción de la Bienaventurada Virgen María celebra felizmente sus bodas de oro sacerdotales, le acompañamos con Nuestra oración, alabamos su insigne espíritu misionero, su profunda ciencia y su intensa actividad pastoral para que la fe católica se propague, a la vez que por la intercesión de la dulcísima Reina de los cielos y de San Josemaría Escrivá de Balaguer otorgamos con profundo afecto a él y a todos los fieles de la Prelatura Nuestra Bendición Apostólica y pedimos oraciones para que desempeñemos con la alegría del Evangelio el ministerio Petriño.

Dado en Roma, Laterano, el día 30 de julio del año 2021.

Francisco.

[Volver al índice](#)

15. Inauguración del Año Académico en Roma (4-X-2021)

Homilía: el don de la unidad

Acabamos de escuchar la historia de Pentecostés. La historia de un encuentro muy especial que, gracias al descenso del Espíritu Santo, dio a la humanidad la oportunidad de reunirse de nuevo en el nombre del Señor, ya no como extraños, sino como hermanos.

Me alegro de estar hoy aquí con todos ustedes, después de un largo tiempo de ausencia durante el cual la pandemia, aún no vencida, nos impidió reunirnos en persona. Rezo hoy de manera especial por nuestro querido profesor Miguel Ángel Tabet, y por todas las personas de nuestra comunidad académica que han fallecido en los últimos meses.

«Pentecostés es la fiesta de la unión, del entendimiento y de la comunión humana» (2012), dijo Benedicto XVI hace unos años. Esta comunión es un regalo de Dios que tanto necesita nuestro mundo y toda la familia cristiana. El inicio de un nuevo curso académico es una ocasión propicia para unirse al Señor, una vez más, en la oración por la unidad que pronunció en su última Cena: "Como tú, Padre, estás en mí y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros" (*Jn 17,21*).

El pasado mes de enero, el Papa Francisco, hablando de la unidad de la Iglesia, dijo: "El Señor no mandó a los discípulos estar unidos. Tampoco les dio un discurso para justificar su necesidad. No, él rogó al Padre por nosotros, para que fuéramos uno. Esto significa que no nos basta con

nuestras propias fuerzas para lograr la unidad. La unidad es ante todo un don, una gracia que hay que pedir en la oración".

En el evangelio de hoy hemos oído que Jesús tenía muchas más cosas que decir a los Apóstoles (cf. *Jn* 16,12). Entre ellos está seguramente el anhelo de unidad en la Iglesia, y de unidad entre nosotros. Unidad que nos permite descubrir las grandes obras de Dios de las que hablaban los apóstoles (cf. *Hch* 2,11). La alternativa, como bien sabemos, es quedarnos anclados en nuestras pequeñas cosas, que en lugar de acercarnos a Dios y a los demás, nos enredan en nuestro egoísmo, y no nos permiten ver la belleza del mundo, y sobre todo el valor de los demás.

El Salmo vuelve a hablar de esas grandes obras: «¡Bendice al Señor, alma mía! Eres tan grande, Señor, Dios mío. ¡Qué grandes son tus obras, Señor! Todo lo has hecho con sabiduría; la tierra está llena de tus criaturas» (*Sal* 103). Entre estas obras hay personas de manera especial. Cada persona es una obra del Señor que se nos ofrece como un regalo. Depende de cada uno de nosotros descubrir el regalo que es cada persona que encontramos en nuestro camino.

En los años de la Universidad hay muchos encuentros con gente nueva: otros estudiantes, profesores, personal de la Universidad. Pidamos al Señor saber descubrir siempre el don que nos ofrece a través de todos esos encuentros. ¡Cuántas hermosas amistades nacen durante los años en Roma! Amistades duraderas que todos nos llevamos a nuestros países, y que a menudo son un fuerte estímulo en nuestras vidas al servicio de Dios. "Cuando una amistad es auténtica, cuando la preocupación por el otro es sincera y llena nuestra oración, no hay tiempos compartidos que no sean apostólicos: todo es amistad y todo es apostolado, indistintamente" (*Carta Pastoral 1-IX-2019*, n. 19).

En 1969, san Josemaría decía en una meditación: «Vivir según el Espíritu Santo es vivir de la fe, de la esperanza, de la caridad: dejar que Dios se apodere de nosotros y cambie nuestro corazón de raíz, llevándolo a su medida» (*Es Cristo que pasa*, 134). Hagamos quizás también un nuevo propósito de vivir según el Espíritu Santo, que no es otra cosa que vivir como Jesús. Estas palabras de san Josemaría hablan de un cambio de corazón en la raíz. Algunos se preguntarán por qué es necesario. ¿Por qué necesitamos todavía un cambio de corazón en la raíz si ya tenemos muchos años de vida cristiana o incluso una vocación al servicio de Dios en su Iglesia? La respuesta a esta pregunta la encontramos en las palabras de Jesús que acabamos de escuchar: «Muchas cosas tengo que deciros todavía». Si realmente queremos escuchar la voz de Dios hoy, debemos tener un espíritu abierto. Necesitamos esa actitud humilde de quien sabe que ha recibido mucho y, al mismo tiempo, de quien es consciente de que Dios es muy grande y que su sabiduría supera con creces nuestros conocimientos.

En Pentecostés, la Virgen ocupa un lugar discreto, pero está presente junto a los apóstoles de su Hijo. Pidámosle a Ella, al comienzo de este año académico, que nos ilumine en los próximos meses para que también nosotros podamos ser instrumentos de unidad allí donde estemos y, concretamente, en la vida universitaria.

Discurso de apertura del Año Académico, Aula Magna Juan Pablo II, Universidad Pontificia de la Santa Cruz

Me alegro de que podamos reunirnos de manera presencial al inicio de este curso académico.

El momento que vivimos, teñido por la pandemia que afecta a países de todo el mundo, marca alguna de mis reflexiones. Estamos pasando, sin duda, por un momento de crisis global, que impacta significativamente la forma de pensar y de vivir de muchas personas. Nuestra Universidad presta una especial atención a la comprensión del mundo, de la historia y de cada persona a partir del misterio de Cristo —así se recoge en el punto 2 de los Estatutos— y por tanto, el estudio y la atención de las necesidades de nuestra sociedad, de las mujeres y los hombres que viven este momento concreto de la historia, no puede prescindir de una reflexión sobre cómo la pandemia nos afecta personalmente, cómo afecta a nuestro entorno y de sus consecuencias a nivel global.

El término “crisis”, en su origen griego, significa distinguir, discernir, diferenciar. Subraya la capacidad de centrarse en lo esencial. En ese sentido, una crisis supone una oportunidad para aprender, para pararse, para ponderar los acontecimientos y su impacto en nuestra propia vida y en la vida de los demás. Nuestras mentes y corazones estarán abiertos entonces a las nuevas necesidades que surjan, y a nuevas formas de vivir, de trabajar y relacionarse.

La universidad es un lugar privilegiado para aprender a dar forma al nuevo desarrollo que se está produciendo, poniéndose a la escucha atenta de las personas y de los acontecimientos, y relacionando esta escucha con el estudio y la vida académica. Aún el contexto de la vida intelectual, podemos poner en práctica el principio que el Papa Francisco expresa en *Evangelii Gaudium* (n. 231): “la realidad es superior a la idea”.

La realidad de las mujeres y de los hombres como hijos de Dios en Cristo es y debe ser un punto de referencia constante para todo estudio e investigación en nuestra Universidad. La crisis sanitaria y sus consecuencias llevan a la humanidad a enfrentarse a cuestiones fundamentales de la existencia: el sentido del sufrimiento, la soledad, la

interdependencia relacional, el bien común, la libertad, el derecho. El estudio y la investigación académica en las Facultades de Teología, Filosofía, Derecho Canónico y Comunicación Institucional podrán ofrecer luz a la compleja realidad y experiencia de las mujeres y los hombres de nuestro tiempo. Antes de la pandemia, muchas personas parecían estar condicionadas por el pensamiento autorreferencial del post-humanismo, que cree en la posibilidad de auto-fundarse, convencido de su propia omnipotencia. La realidad, en este caso, ha puesto de manifiesto la falsedad de la idea. En cierto modo, la experiencia de la pandemia ha acercado a la humanidad a la realidad y, por tanto, a la verdad.

Una mayor conciencia de nuestra condición de criaturas, de los límites impuestos por la pandemia, de los temores derivados de una situación de constante incertidumbre, puede fomentar el espíritu de escucha y aprendizaje de la realidad, que es la piedra angular de cualquier contexto educativo. Desarrollar esta actitud ante la realidad implica también, en nuestro entorno universitario, aprender de cada persona.

Quisiera concluir con una frase que san Josemaría, inspirador de esta Universidad, escribió en otro contexto: “Estas crisis mundiales son crisis de santos” (Camino, 301). La vida espiritual de cada uno de nosotros, nuestra unión con Cristo, al estar estructuralmente relacionada con la actividad humana y, por tanto, con los problemas de la sociedad, tiene un impacto en el destino del mundo. Y la humildad necesaria para aprender de todos puede proporcionar una base sólida en el camino de la santidad.

Deseo a todos, profesores, alumnos y personal de la Universidad, lo mejor para el nuevo curso 2021–2022, que declaro inaugurado.

[Volver al índice](#)

ARTÍCULOS Y ENTREVISTAS

16. El trabajo de cuidar el mundo (1-V-2020)

El Día del Trabajo, este año, invita a considerar diversas realidades y aspectos, que la crisis del coronavirus ha puesto más de relieve: que en el mundo hay tantísimas personas buenas; que el progreso ha de ir unido a un dominio de la naturaleza que sea a la vez respeto; que dependemos unos de otros; que somos vulnerables y que una sociedad, para ser humana, necesita ser solidaria.

En la respuesta a la pandemia, resaltan sobre todo las profesiones relativas al cuidado de las personas. Palabras relacionadas con “cuidar” ocupan los titulares: acompañar, llorar, proteger, escuchar... Esta situación nos hace pensar sobre el “para qué” y el “hasta dónde” de cualquier trabajo. De alguna manera, comprendemos mejor que el servicio es el alma de la sociedad, lo que da sentido al trabajo.

El trabajo es más que una necesidad o un producto. El libro de la Sagrada Escritura que relata los orígenes de la humanidad señala que Dios creó al hombre «para que trabajara» y cuidara del mundo (*Gn 2,15*). El trabajo no es un castigo, sino la situación natural del ser humano en el universo. Al trabajar, establecemos una relación con Dios y con los demás, y cada uno puede desarrollarse mejor como persona.

La reacción ejemplar de tantas y tantos profesionales, creyentes o no, ante la pandemia, ha manifestado esta dimensión de servicio y ayuda a pensar que el destinatario último de cualquier tarea o profesión es alguien con

nombre y apellido, alguien con una dignidad irrenunciable. Todo trabajo noble es reconducible, en última instancia, a la tarea de “cuidar personas”.

Cuando procuramos trabajar bien y en apertura al prójimo, nuestro trabajo, cualquier trabajo, adquiere un sentido completamente nuevo y puede hacerse camino de encuentro con Dios. Hace mucho bien integrar en el trabajo, aún el más rutinario, la perspectiva de la persona, que es la del servicio, que va más allá de lo debido por la retribución percibida.

Como ya en los primeros tiempos del cristianismo, se advierte también ahora con fuerza el potencial de cada laico que intenta ser testigo del Evangelio, codo con codo con sus colegas, compartiendo pasión profesional, compromiso y humanidad en medio del sufrimiento presente provocado por la pandemia y la incertidumbre futura.

Todo cristiano es “Iglesia” y, a pesar de las propias limitaciones, en unión con Jesucristo puede llevar el amor de Dios «al torrente circulatorio de la sociedad», en una imagen que usaba san Josemaría Escrivá, que predicó el mensaje de la santidad a través del trabajo profesional. También con nuestro trabajo y nuestro servicio podemos hacer presente el cuidado de Dios hacia cada persona.

La celebración del 1.º de mayo es hoy también preocupación por el futuro, por la inseguridad laboral a corto o medio plazo. Los católicos acudimos con especial fuerza a la intercesión de san José Obrero, para que nadie pierda la esperanza, que sepamos ajustarnos a la nueva realidad, que ilumine a quienes tienen que tomar decisiones y que nos ayude a comprender que el trabajo es para la persona y no al revés.

En los próximos meses o años, será importante «hacer memoria» de lo vivido, como pedía el Papa Francisco, y recordar que «nos dimos cuenta de

que estábamos en la misma barca, todos frágiles y desorientados; pero, al mismo tiempo, importantes y necesarios, todos llamados a remar juntos».

Ojalá este 1.º de mayo nos lleve a desear que la libertad recuperada al término del confinamiento sea verdaderamente una libertad «al servicio de los demás». El trabajo se hará entonces, como es el designio de Dios desde el principio, cuidado del mundo, en primer lugar, de las personas que lo habitan.

[Volver al índice](#)

17. La imaginación de la caridad (4-X-2020)

En estos meses en los que el mundo está siendo sometido a una dura prueba, a causa de la pandemia, hemos sido testigos de actitudes heroicas por parte de personas de todos los sectores de la sociedad. El personal sanitario de los cinco continentes ha manifestado un espíritu de sacrificio que arrancó aplausos desde los balcones de muchas ciudades; los medios de comunicación han transmitido noticias de profunda humanidad, al narrar iniciativas solidarias de muchas personas que se movilizaron —y lo siguen haciendo— para ofrecer remedio a las necesidades urgentes que se han presentado; la Iglesia también ha reaccionado con generosidad, y son varios centenares los sacerdotes que han dado la vida por acercar a los enfermos los auxilios espirituales. El dolor y el sufrimiento unen, y es frecuente que muchos vecinos que antes no se conocían ahora estén reunidos por lazos de amistad, pues se han ayudado en los momentos de mayor emergencia.

En la audiencia general del pasado 23 de septiembre, el papa Francisco recordaba que «o trabajamos juntos para salir de la crisis, a todos los niveles de la sociedad, o no saldremos nunca». Si hemos comenzado estas líneas poniendo de manifiesto tantos ejemplos de entrega a los demás que se han dado durante la crisis sanitaria, no podemos cerrar los ojos ante realidades de signo opuesto.

La cultura contemporánea, que posee tantos valores positivos, al mismo tiempo está marcada por una enfermedad grave, a la que hace referencia el Santo Padre: el individualismo. Si no nos unimos, si no miramos a los demás como nuestros prójimos, como personas que tienen en sí mismas un valor único, que merecen respeto, comprensión, cercanía, por más que se

supere la crisis sanitaria permanecerán las heridas de una sociedad individualista, anónima, que termina por convertirse en un campo de batalla entre los intereses egoístas.

El trabajo es una dimensión esencial de la vida social. La crisis sanitaria ha causado una crisis laboral de grandes proporciones. Los desafíos que se presentan son muchos y urgentes. En las circunstancias actuales cobran especial relieve algunas características del trabajo, que pueden paliar las consecuencias negativas de la crisis. Pienso, en primer lugar, en el espíritu de servicio. El trabajo está al servicio del bien común social y de la persona humana entendida en su integridad. La creación de nuevos puestos de trabajo, la conservación de los ya existentes, y, sobre todo, el cambio de mentalidad que pone siempre en el centro a la persona humana y no a una lógica meramente económica son un antídoto contra el individualismo imperante. Se impone, con palabras de san Juan Pablo II, hacer funcionar «la imaginación de la caridad».

Todos soñamos con una sociedad justa. La situación de muchas sociedades se ha trastocado después de este largo sufrimiento de la humanidad. Si justicia es «dar a cada uno lo suyo», es necesario que quienes tienen la responsabilidad de tomar decisiones en la vida social, ejerciten esa «imaginación de la caridad». Porque, como decía san Josemaría Escrivá, «convenceos de que únicamente con la justicia no resolveréis nunca los grandes problemas de la humanidad». Y añadía que la dignidad de la persona humana exige más: la caridad, que «es como un generoso desorbitarse de la justicia». Caridad que implica realizar bien el trabajo que tenemos encomendado, puesto al servicio de las necesidades de los demás, que en este momento se han hecho más acuciantes. Trabajar bien es sacar todo el partido posible a nuestras capacidades —en la familia, en la empresa, en la escuela, en todos los ámbitos del quehacer humano— para manifestar cercanía y superar con amor el “distanciamiento social” físico que imponen las circunstancias.

Todos estamos llamados a vivir la «imaginación de la caridad», para resolver juntos los desafíos que nos pone este mundo nuestro, que queremos mejorar siguiendo los pasos de Aquel que nos dio ejemplo de un olvido de sí hasta dar la vida por los demás.

[Volver al índice](#)

18. El trabajo del futuro: dignidad y encuentro (1-V-2021)

El 1 de mayo celebramos el día mundial del trabajo. La actividad humana de trabajar involucra a la persona en todas sus dimensiones: inteligencia, voluntad, afectos, aspiraciones. «Es la primera vocación del hombre: trabajar. Y esto le da dignidad»^[1]. Hoy, en coincidencia con el día mundial del trabajo, muchos recordamos a san José obrero.

La pandemia sigue azotando el trabajo de millones de hombres y mujeres: empleos perdidos y aumento de la precariedad. Estas dos heridas, desocupación y precariedad, nos interrogan sobre el trabajo del futuro.

En tantos lugares, la crisis sanitaria ha desplazado el trabajo presencial a las pantallas en el propio domicilio, con aspectos positivos y negativos. En el teletrabajo constatamos la gloria de la técnica y su límite. Si por un lado se ha avanzado en eficacia y se han resuelto obstáculos que parecían insalvables, al mismo tiempo comprobamos que la persona humana necesita de relaciones reales, no virtuales, para compartir lo que cada una alberga en su corazón.

El tiempo transcurrido desde el inicio de la pandemia nos confirma también que la crisis es transversal, que afecta a toda la humanidad, y que el trabajo debería estar en el núcleo de un futuro mejor. Conservar y crear puestos de trabajo, con la creatividad de quien busca el bien de los demás, es quizá hoy en día uno de los imperativos de la caridad.

Ante tantas situaciones personales rotas, el trabajo nos ofrece la oportunidad de progresar en otra de sus dimensiones: la capacidad de acogida y apertura a los demás. En la confluencia entre ruptura y acogida resurge la nostalgia de trascendencia, de ir más allá de uno mismo, de cuidar y ser cuidados, de ayudar y ser ayudados, primeras consecuencias del reconocimiento de la vulnerabilidad. Un trabajo, en el que tengan cabida la dignidad y el encuentro, se convierte en diálogo con uno mismo y con los demás. Presenta una finalidad compartida, despierta corrientes de entendimiento, colabora en pronunciar el “nosotros”, ayudando a superar diferencias y a la promoción del mutuo conocimiento; enriquece por el intercambio de capacidades humanas y por la participación en procesos creativos.

El trabajo se manifiesta así en su verdadera extensión, como un “lugar” en que todos podemos aportar algo, y no solo en su aspecto económico. La común vocación de los hombres y mujeres al trabajo nos hace converger en la tarea de “recrear” el mundo y sus relaciones. Por eso, cuando el trabajo pierde su dignidad de diversas maneras, se distorsiona a la persona en su ser más íntimo.

En la búsqueda de soluciones nuevas, porque no parece haber vuelta atrás, el amor a los demás impulsa la creatividad para encontrar esos nuevos caminos junto con los demás ciudadanos. No hay un único camino, sino muchos, pero guiados por el servicio, elemento integrante del bien común. En cualquier caso, la dignidad del trabajo está fundada en el amor: «El gran privilegio del hombre es poder amar, trascendiendo así lo efímero y lo transitorio. Puede amar a las otras criaturas, decir un tú y un yo llenos de sentido. Y puede amar a Dios, que nos abre las puertas del cielo, que nos constituye miembros de su familia, que nos autoriza a hablarle también de tú a Tú, cara a cara. Por eso el hombre no debe limitarse a hacer cosas, a construir objetos. El trabajo nace del amor, manifiesta el amor, se ordena al amor»^[2].

[Volver al índice](#)

^[1] Francisco, 1-V-2020.

^[2] San Josemaría, 19-III-1963.

19. Diario Večernji, Croacia (2-X-2021)

Recientemente ha celebrado los 50 años de su ordenación sacerdotal. ¿Puede recordar los inicios de su camino como sacerdote?

De aquellos momentos recuerdo lo mucho que me impresionaba poder celebrar cada día la Santa Misa. Después, no he dejado de pedir al Señor que nunca me acostumbre a esa experiencia, aunque ya no sea algo nuevo, como entonces. Fue san Josemaría quien acogió mi llamada al sacerdocio, y por eso con frecuencia recurro a él para pedirle por mi ministerio sacerdotal y por la felicidad y fecundidad de todos los sacerdotes del mundo.

¿Cómo definiría brevemente el Opus Dei que usted lidera hoy?

El Opus Dei es una institución de la Iglesia que intenta sembrar la paz y la alegría de Cristo en medio del mundo. Con nuestros errores y aciertos, buscamos llevar a Cristo a los ambientes familiares, profesionales, sociales, etc. La Obra quisiera ser para mucha gente como una “gran catequesis”, en unión con la que realizan las parroquias y tantas otras instituciones de la Iglesia.

¿Quiénes son los mayores enemigos al Opus Dei en la actualidad?

El principal enemigo no es externo, sino interno: me refiero al peligro de la mundanización, porque los fieles del Opus Dei vivimos inmersos en las realidades del mundo, un mundo en buena parte descristianizado, y no somos inmunes a una posible pérdida de vigor espiritual. A quienes de un

modo u otro se oponen externamente al Opus Dei no los considero enemigos: seguramente en muchos casos son personas poco informadas, que no comprenden el espíritu que anima al Opus Dei, o personas que nos ayudan a ser mejores con sus críticas, cuando tienen fundamento.

Y, a pesar de ello, el Opus Dei sigue atrayendo a muchos hombres y mujeres.

Sí, pero naturalmente me gustaría que muchas más personas se mostraran dispuestas a llevar la Iglesia de Jesucristo a todos los ambientes de Croacia y del mundo, no solo por medio del Opus Dei sino también de tantas otras realidades evangelizadoras que florecen en la Iglesia.

¿Cómo responde el Opus Dei a las crisis actuales de desinterés y abandono de la fe?

Un medio principal es el acompañamiento espiritual y la formación de las almas, una a una, siendo buenos amigos y amigas, con gran respeto a la libertad de todos. Si detrás de los fenómenos sociales solo vemos una masa indiferenciada de personas, quizá tengamos poca visión cristiana de las cosas: cada persona es amada por Dios y merece todo el respeto y toda la atención de la Iglesia, pues por cada una ha muerto Cristo. Un aspecto principal es ayudar a las personas a apreciar el tesoro de los sacramentos, especialmente la Eucaristía y la Penitencia.

¿Cómo ha visto la crisis causada por el coronavirus?

Lo veo como una llamada a vivir para los demás, con espíritu de solidaridad humana y de caridad cristiana. La pandemia, como enseguida dijo el Papa, nos recuerda que nadie se salva solo, que dependemos los unos de los otros y que todos tenemos algo que hacer en el trabajo común de cuidar el mundo.

La Prelatura que usted dirige responde directamente al Santo Padre. ¿Cómo ve el papel del Papa Francisco en el mundo actual?

En realidad, no solo los fieles del Opus Dei, sino todo católico depende directamente del Papa, aunque tenga también otras dependencias en la Iglesia. Por otra parte, nuestra dependencia del Papa, como la de tantas otras circunscripciones de la Iglesia, está mediada por la Congregación para los Obispos y por otros organismos de la Santa Sede.

En cuanto al rol del Papa, pienso, volviendo a lo que he dicho antes, que precisamente en este mundo en el que la pandemia nos obliga a poner en discusión muchas cosas, su presencia paterna es más necesaria que nunca. Por ejemplo, muchas personas me han comentado el impacto que les ha producido la imagen de la plaza de San Pedro vacía y el Papa confortando y dando la bendición a todo el mundo como vicario de Cristo.

El Papa Francisco tiene críticos en la propia Iglesia ¿Pueden los creyentes criticar al Papa?

La historia nos enseña que en todos los pontificados ha habido momentos de fuertes críticas, por un motivo o por otro. En cuanto a su pregunta por la legitimidad de las críticas, le diría con nuestro fundador, san Josemaría, que pienso que, al Papa, vicario de Cristo, hay que quererle siempre y no criticarle, sea quien sea.

En agosto, usted visitó Croacia, entre otros lugares. ¿Cuál fue el objetivo de su visita y su mensaje para las personas que vio en Zagreb?

Ha sido uno de mis primeros viajes pastorales desde el inicio de la pandemia. El propósito principal era estar con las personas de la prelatura. No he ido a Croacia para transmitir un especial mensaje, sino para acompañarlas, aunque naturalmente sí he compartido algunas cosas que

llevo en el corazón: les he hablado de amor a la Iglesia y al Papa, de unión con los obispos, de perseverancia en la vida de fe, de la misión apostólica propia de todos los cristianos y, en este contexto, del valor de la amistad, y de tantas cosas que salían en conversaciones familiares. Animé a todos a ser muy agradecidos con Dios por el don de la fe y a dar testimonio, en el trabajo y en la vida corriente, de la alegría de haber encontrado a Cristo.

[Volver al índice](#)

20. Diario Avvenire, Italia (13–XII–2021)

Monseñor Ocáriz, la espiritualidad del Opus Dei consiste en descubrir —y ayudar a otros a descubrir— los "caminos divinos de la tierra", como decía san Josemaría Escrivá. En la sociedad actual, ¿por dónde pasan estos caminos?

Todos los caminos, los caminos de la tierra, son divinos en la medida en que los descubrimos como caminos que nos llevan al Señor. Si contemplamos este mundo con los ojos de quien se sabe hijo de un Padre que nos ama, que nos ha puesto aquí para amarle y amar a los demás, para sembrar paz y alegría, entonces la vida ordinaria adquiere un color completamente distinto. Nuestra existencia se convierte en una aventura de amor: podemos encontrar a Dios en medio de las cosas más ordinarias.

En el Evangelio hay muchas referencias a esos "caminos". Pienso en el que llevaba de Jerusalén a Jericó. El buen samaritano descubrió a Dios en el pobre hombre tendido junto al camino. Todos podemos descubrir al Señor en el rostro de los demás, en los deberes familiares y sociales, en el cumplimiento de las tareas más ordinarias, si las hacemos con amor.

En el libro *A la luz del Evangelio* comparte con los lectores sus notas personales para la oración y la predicación, recogidas desde 1977. ¿Por qué decidió publicarlas?

Acepté la petición de la editorial de dar a algunos de esos apuntes una forma más "sistemática" con el deseo de que, con la ayuda de Dios, animen

a los lectores a buscar el contacto directo con Jesús, a partir de la contemplación y la oración, que, como decía san Josemaría en *Camino*, "nunca es un monólogo".

¿Cómo se consigue la intimidad con Dios meditando las palabras de Jesús? Su libro es una invitación al diálogo personal...

Ciertamente, es útil tratar de leer el Evangelio con amor agradecido. Aunque sólo leamos unas pocas palabras, son un regalo de Dios, una forma que Él ha elegido para estar cerca de nosotros y seguir hablándonos. Además, es bueno que haya también un poco de continuidad, como en las relaciones humanas: la amistad crece a través de la familiaridad con los demás. Me acuerdo de un artículo que el entonces cardenal Ratzinger publicó con motivo de la canonización de san Josemaría. El futuro Benedicto XVI escribió que la santidad consiste en "hablar con Dios como se habla con un amigo". Leer el Evangelio con amor perseverante nos ayuda a ser amigos del Señor.

¿Cómo puede el Evangelio inspirar a los laicos de hoy en día, absortos en una vida que a menudo es tan exigente que apenas pueden respirar?

Es precisamente el Evangelio el que puede darnos un respiro, ayudarnos a descansar, enseñarnos a vivir con la paz de Cristo en medio de una vida tan exigente. Cultivando la amistad con Jesús podemos aprender a vivir el presente amando la realidad que el Señor nos regala. No hay situación humana que no pueda ser iluminada por la amistad de Jesús, que se puede cultivar a través del Evangelio. Si estamos realmente interesados en nuestra vida espiritual, encontraremos el espacio necesario para una lectura pausada y contemplativa, de la que podremos sacar fuerzas para afrontar los retos de cada día con paz y serenidad.

Su meditación se centra siempre en la persona de Jesús: ¿Cómo podemos encontrarlo en la vida cotidiana?

A veces, antes de empezar a trabajar, san Josemaría le decía al Señor: "Jesús, vamos a hacer esto entre los dos". Es un bonito acto de fe que nos permite darnos más cuenta de que Él está realmente a nuestro lado. Y tan sencillo... Junto a esto, también podemos dedicar momentos a lo largo del día al diálogo con Jesús. Y encontrarlo en las personas con las que entramos en contacto por motivos familiares, laborales o de otro tipo. No se trata de una simple técnica para hacer el bien: Jesús mismo nos ha dicho que está presente en las personas que nos rodean. Así tendremos el corazón abierto a las necesidades de los demás. Al final, y con la gracia de Dios, es posible hacer del día un diálogo con el Señor.

La "santidad en medio del mundo", tan característica del mensaje del Opus Dei, puede parecer casi una pretensión, un objetivo noble, pero algo exagerado. ¿Es realmente posible?

Es posible, y ahí está el ejemplo de santos laicos de los siglos XX y XXI. Para buscarla, es necesario conocer, al menos en cierta medida, el tiempo en que vivimos, sus potencialidades, los límites y las injusticias, incluso graves, que lo atormentan. Pero, sobre todo, requiere nuestra unión personal con Jesús, dejándonos amar por Él en los sacramentos y en la oración. Esta "reivindicación" es ya patrimonio de toda la Iglesia. San Pablo VI dijo que el mensaje central del Concilio Vaticano II es la llamada universal a la santidad. El Papa Francisco ha dedicado recientemente una exhortación apostólica, *Gaudete et exultate*, precisamente a la llamada de los laicos a la santidad en el mundo contemporáneo.

Los jóvenes (pero también los adultos...) están inmersos en un clima cultural que parece equiparar cada elección. ¿Cómo podemos

ayudarles hoy a descubrir los valores cristianos que dan fundamento a la vida?

Más que de "valores cristianos", prefiero hablar de la persona de Jesucristo como fundamento de la vida de los jóvenes... y por supuesto de todos. El cristianismo no es principalmente un conjunto de principios morales, ni un sistema de valores. Se trata fundamentalmente de enamorarse de Jesús: Camino, Verdad y Vida. Todos, jóvenes y mayores, queremos ser felices. Todas las decisiones que tomamos, al fin y al cabo, se explican también por la idea de que nos harán felices y así podremos contribuir a la felicidad de los demás (familia, amigos...). A menudo nos equivocamos, pero siempre podemos volver al buen camino. Descubrir que el Señor satisface todo deseo de felicidad es un gran reto que tenemos los cristianos. Mostrar, con nuestra vida y nuestras palabras, que Jesús es el único que puede saciar la sed de bondad, verdad y belleza que todos —y los jóvenes en particular— sienten en su corazón.

[Volver al índice](#)

© 2022 Fundación Studium

www.opusdei.org